

Biblioteca
ORAXIÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

- A un tiempo amante y hermana, t. 1.
 Ansias matrimoniales, o. 1.
 A las máscaras en coche, o. 3.
 A tal accion tal castigo, o. 5.
 Azares de una privanza, o. 4.
 Amante y Caballero, o. 4.
 A cada paso un acaso, ó el caballero,
 o. 5.
 Amor y Patria, o. 5.
 A la misa del gallo, o. 2.
 Amor imposibles vence, ó la rosa en-
 cantada, o. 3. Magia.
 Asi es la mia, ó en las máscaras un
 martir, o. 2.
 Actriz, militar y beata, c. en 3.
 Al pié de la escalera, c. en 1.
 Arturo, ó los remordimientos, d. en 1.
 Al borde del abismo, t. 1.
 Al asalto!, t. 2.
 Angel y demonio ó el Perdon de Breta-
 ña, t. 7 cuadros.
 Beltran el marino, t. 4.
 Benvenuto Cellini, ó el poder de un
 artista, o. 5.
 Con todos y con ninguno, t. 1.
 César, ó el perro del castillo, t. 2.
 Cuando quiere una muger!! t. 2.
 Casarse á oscuras, t. 3.
 Clara Harlow, t. 3.
 Con sangre el honor se venga, o. 3.
 Como á padre y como á rey, o. 3.
 Cuánto vale una leccion! o. 3.
 Campolis ó las grandes pasiones, t. 2.
 Caer en el garlito, c. en 3.
 Caer en sus propias redes, c. en 2.
 Cumplir como caballero, o. 3.
 Crimen y ambicion, ó el Conde Her-
 man, t. 5.
 Conspirar con mala estrella, o el Ca-
 ballero de Harmental, t. 7 cuadros.
 D. Canuto el estanquero, t. 1.
 Dos contra uno, t. 1.
 Dos noches, ó un matrimonio por
 agradecimiento, t. 2.
 Deshonor por gratitud, t. 3.
 Dos y ninguno, o. 1.
 De Cádiz al Puerto, o. 1.
 Desengaños de la vida, o. 3.
 Doña Sancha, ó la independencia de
 Castilla; o. 4.
 Don Juan Pacheco, o. 5.
 D. Ramiro, o. 5.
 D. Fernando de Castro, o. 4.
 Dos y uno. t. 1.
 Donde las dan las toman, t. 1.
 De dos á cuatro, t. 1.
 Dos noches, t. 2.
 Dieguiyo pata de anafe, o. 1.
 Dos muertos y ninguno difunto, c. en 2.
 De una afrenta dos venganzas, d. en 5.
 D. Beltran de la Cueva, o. 5.
 D. Fadrique de Guzman, o. 4.
 En la falta vá el castigo, t. 5.
 Engaños por desengaños, o. 1.
 Estudios históricos, o. 1.
 Es el demoino!! o. 1.
 En la confianza está el peligro, o. 2.
 Entre cielo y tierra, o. 1.
 En paz y jugando, c. en 1.
 Enrique de Trastamara, ó los mineros,
 d. en 3.
 Es un niño! c. en 2.
 El Andaluz en el baile, o. 1.
 El Aventurero español, o. 3.
 El Arquero y el Rey, o. 3.
 El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.
 El Amante misterioso, c. en 2.
 El Confidente de su muger, t. 1.
 El Caballero de Criñon, t. 2.
 El Corregidor de Madrid, t. 2.
 El Castillo de S. Mauro, t. 5.
 El Cautivo de Lepanto, o. 1.
 El Coronel y el tambor, o. 3.
 El Caudillo de Zamora, o. 3.
 El Conde de Monte-Cristo, primera
 parte, t. 10 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5.
 El Castillo de S. German, ó delito y
 espacion, t. 5.
 El Ciego de Orleans, t. 4.
 El Criminal por honor, t. 4.
 El Cardenal Cisneros, o. 5.
 El Ciego, c. en 1.
 El Duque de Altamura, c. en 3.
 El Dinero!!, t. 4.
 El Doctorcito, t. 1.
 El Diablo familiar, t. 3.
 El Dios del siglo, t. 5.
 El Diablo en Madrid, t. 5.
 El Desprecio agradecido, o. 5.
 El Diablo enamorado, o. 3.
 El Diablo son los nietos.
 El Derecho de primogenitura, t. 1.
 El Doctor Capiroto, ó los curanderos
 de antaño, t. 1.
 El Diablo nocturno, t. 2.
 El Diablo y la bruja, t. 3.
 El Doctor negro, t. 4.
 El eclipse, o. 3.
 El Espectro de Herbesheim, c. en
 El Favorito y el Rey, o. 3.
 El Guarda-bosque, t. 2.
 El Guante y el abanico, t. 3.
 El Galan invisible, c. en 2.
 El Hijo de mi muger, t. 1.
 El Hermano del artista, o. 2.
 El Hombre azul, o. 5 cuadros.
 El Honor de un castellano y deber de
 una muger, o. 4.
 El Hijo de su padre, t. 1.
 El Himeneo en la tumba, ó la hechi-
 cera, o. 4. Magia.
 El Hechicero ó el novio y el mono, c.
 en 2.
 El Hijo de Cromwell, ó una restaura-
 cion, c. en 5.
 El Hijo del emigrado, d. en 4.
 El Ingeniero ó la deuda de honor, d.
 en 3.
 El Idiota ó el subterráneo de Heilberg,
 d. en 5.
 El Lazo de Margarita, t. 2.
 El Leñador y el ministro, ó el testa-
 mento y el tesoro, 6 cuadros.
 El Maestro de escuela, t. 1.
 El Marido de la Reina, t. 1.
 El Mudo por compromiso ó las emo-
 ciones, t. 1.
 El Médico negro, t. 7 cuadros.
 El Mercado de Londres, t. id.
 El Marinero, ó un matrimonio repen-
 tino, o. 1.
 El Médico de su honra, o. 4.
 El Médico de un monarca, o. 4.
 El Marido desleal, ó quien engaña á
 quien, c. en 3.
 El Nudo Gordiano, t. 5.
 El Novio de Buitrago, t. 3.
 El Novicio, ó al mas diestro se la pegan,
 c. en 1.
 El Oso blanco y el oso negro.
 El Pacto con Satanás, o. 4.
 El Premio grande. o. 2.
 El Pacto sangriento, ó la venganza
 corsa, t. 6 cuadros.
 El Paje de Woodstock, t. 1.
 El Peregrino. o. 4.
 El Premio de una coqueta, o. 1.
 El Piloto y el Torero, o. 1.
 El Poder de un falso amigo, o. 2.
 El Raptor y la cantante, t. 1.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

Drama en cinco actos, refundido del francés por los Señores D. Manuel Garcia Gouzalez y D. Laureano Sanchez Garay, representado con extraordinario aplauso en el teatro de la Cruz, el 31 de julio de 1853.

PERSONAS.	ACTORES.
ALBERTO, pintor, (40 años)	D. P. Moliné.
PABLO, (50 id.)	D. P. Montaña.
RAUL, D' AREMBERG, (30 id.)	D. J. Banobio.
MULLER, (34 id.)	D. B. Pardiñas.
MARTILLY, (50 id.)	D. A. Mazo.
LUCIA, (20 id.)	Doña M. Buzon.
MATILDE, (18 id.)	Doña A. Valero.
MARTA, (50 id.)	Doña D. Perez.
UN OFICIAL.	
UN ESCRIBANO.	
UN TASADOR.	
UN JOVEN.	
SOLDADOS.	

La acción pasa en el año 1778.

ACTO PRIMERO.

Salon elegante. Puerta al foro y laterales, con colgaduras: candelabros encendidos. Sillones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

MARTA sola.

MARTA. Qué animacion! Qué lujo por todos lados!... A no dudarlo, los salones del opulento Martilly encierran dentro de sí cuanto de bello y notable contiene Berlin... Cuanto de bello dije?... Si, si, y cuanto de maligno y sospechoso también; y si no que lo diga ese endiablado Muller, que ignorando, como todo el mundo, que mi señorita Lucía es hija de Alberto, no cesa de perseguirlos, sospechando que los unen lazos secretos. ¡Será posible que haya en el mundo seres tan depravados que se atrevan á calumniar y á sospechar de la virtud! Si Alberto lo supiese, con la vida pagaria Muller sus infames recelos. Oh! Lucía, pobre jóven, que consagrada dia y noche á dar lecciones de

música, con el solo objeto de pagar secretamente las deudas contraidas por su noble padre, todavia se atreven á sospechar de tí! Oh! sino fuese por tu laboriosidad, y por el entrañable afecto que te profesa la señorita de Martilly, tu aventajada discípula, qué seria de nosotras? Vamos, vamos; veo que me entrego con frecuencia á meditaciones que no son nada convenientes... Vamos á ver á la señorita Lucia, que sin duda me estará buscando por todos los salones de la casa; quizá será ya hora de retirarnos. (vase.)

ESCENA II.

ALBERTO, entra muy sofocado, tira el sombrero y se sienta.

ALB. Estéril bajaiza, por qué me engañaste? Mis humillaciones, mis sonrisas de afecto fingido, y mi sumision ante el hombre que dirige los gustos del príncipe, no han sido suficientes para que se me considere tan vil y tan mezquino, que merezca mi obra de cien semanas ser espuesta en la galeria real. (pauza.) A Dios sueños de ventura! Mi sola fortuna perdida para siempre!

ESCENA III.

ALBERTO, RAUL.

RAUL. (aparte sin acercarse.) Al fin voy logrando que Muller se impaciente con mis continuas indirectas... Por vida mia, que no le he de dejar un instante tranquilo... Bien caras ha de pagar las bajas intrigas que ejerce con mi distinguido profesor, á fin de que su excelente cuadro no sea de los premiados. (viendo á Alberto.) Qué veo! Alberto aquí! Oh! dejémosle en en sus meditaciones. (se retira un poco.)

ALB. Con qué títulos ni con qué fama solicitaré el amor de Matilde? Qué nombre voy á legar á mi hija, ni que amparo á mi perseguido hermano? Oh!

RAUL. Cómo? Tiene una hija y un hermano? (acercándose.) Alberto!



ALB. Quién me escucha? Ah! sois vos, mi querido discípulo... (*lo estrecha.*)

RAUL. Perdonad os haya importunado; mas os vi pensativo y oí ciertas palabras que...

ALB. Cómo! me habeis oído...

RAUL. Sí, os he oído hablar de una cosa que ignoraba, á pesar de conoceros hace mucho tiempo... No sabia tuviéseis una hija.... Jamás me habeis hablado de ella... ni de vuestro hermano.

ALB. Oh! qué he hecho! (*haciéndole sentar.*) Pues bien, una vez que todo lo habeis oído, y puesto que sois mi mejor amigo, mi salvador, os lo revelaré todo;... con eso desahogará mi pecho, combatido por diferentes borrascas.

RAUL. Hablad, hablad.

ALB. Seré breve, (*mira si alguien lo oye.*) Separado de mis padres á los 19 años, sin mas recursos que mis pinceles y unas cuantas lecciones de dibujo, creí bastarme á mi mismo, y algun dia no muy lejano, á mis desgraciados padres; para lo cual trabajaba con verdadero entusiasmo artístico; pero la fatalidad, que no deja de perseguir á los hombres, me hizo encontrar un dia una de esas mugeres aventureras, que mas aturdidas que perversas, y que faltas de educacion moral, se dejan seducir antes de conocerse. Su hermosura y sus atractivos me cautivaron por espacio de algunos meses. Hacia cerca de un año que no la habia vuelto á ver, cuando un dia recibo una carta en la que me suplicaban pasase inmediatamente al hospicio de San Gerardo. Voy, y lo primero que encuentro es á aquella misma jóven en el instante supremo de exhalar el último suspiro. (*pausa.*) Un sacerdote la ayudaba á bien morir; apenas me vé, se reanima su mirada, sus mejillas se coloran, y con una sonrisa mezclada de dulces lágrimas, me toma la mano y me señala una cuna que habia junto á su lecho, diciéndome: «mira, ves esa niña que está ahí? Pues esa es tu hija; te lo juro ante el ministro de Dios, y por la remision que acabo de alcanzar de mis pasadas culpas.» (*se limpia las lágrimas.*) La solemnidad de aquel instante me hizo creerla, jurándola á mi vez y diciéndola: Morid tranquila, pobre jóven; vuestra hija no queda sin padre, yo velaré por ella y la amaré tanto como vos... (*pausa.*) Pocos instantes despues espiró bendiciéndome.

RAUL. Pobre criatura! Y esa niña, quién es?

ALB. Lucia, á quien he educado secretamente con la esperanza de darla algun dia un nombre respetado y honrado.

RAUL. Os comprendo. (*ap.*) (Ah, Muller! Caras pagarás tus infamias!)

ALB. El cielo se opone á mis deseos, pues sus continuas enfermedades y un depositario infiel me han dejado sumido en la mayor afliccion.

RAUL. Y vuestra obra maestra? Ese gran cuadro que durante cien semanas habeis estado componiendo?

ALB. Ahora mismo acaban de negarme su admision... No sé qué poder invisible se opone á mi felicidad.

RAUL. Confíad en mí;... mas ahora que recuerdo, solo me habeis hablado de vuestra hija... y vuestro hermano?

ALB. A la piedad de mi hija debo el haberlo encontrado, pues queriendo perpetuar la memoria de su madre, consagraba secretamente parte de su sustento al socorro diario de un infeliz peregrino, que acudia puntualmente á su puerta... hasta que un dia llegué yo en ocasion de estar mi Lucia ocupada en prodigar toda clase de socorros al pobre, que fatigado y sin aliento cayó casi exánime á sus pies... No bien hubo

recobrado sus fuerzas, y mientras tomaba alguna cosa, nos refirió su vida, manifestándonos quién era, y el origen de sus desgracias, debidas todas á una infame calumnia; pues se le hizo culpable de un robo verificado por no se sabe quién, ni cuándo, en las arcas de un banquero en cuya casa estaba de dependiente.

RAUL. Y no pudo probar su inocencia?

ALB. Se le puso en libertad... libertad que solo ha podido disfrutar mendigando su sustento por los caminos, pues le fue imposible adquirir ningun medio honroso con que sustentarse, porque los que le reconocian, le señalaban con el dedo de la infamacion y de la sospecha.

RAUL. Oh! quiero conocerle... publicar su honradez.

ALB. Merced á un trage mio, que le he dado para que encubra su miseria, le presentaré á mis mejores amigos, á fin de que me ayuden á rehabilitarlo.

RAUL. No os olvideis de mí. (*se oye música.*) Mas hácia aquí se dirijen varias personas; venid conmigo; deseo animaros, y que disfruteis de la fiesta que Martilly, nuestro amigo, consagra al cumpleaños de su hija Matilde.

ALB. Matilde!... Oh! si, si, deseo verla... (Su vista mitigará mi pena... Mas qué digo? Cómo atreverme.)

RAUL. Otra vez os poneis pensativo..? Vaya, salgamos de aquí, y hablaremos de asuntos que os interesarán.

ALB. Como querais; sois siempre mi salvador. (*vanse.*)

ESCENA IV.

MARTILLY, MATILDE, LUCIA, MARTA. *Al salir Lucia y Marta se oyen aplausos y música.*

LUC. Marta, vámonos pronto; la una de la noche acaba de dar...

MAR. (*por el fondo con Matilde.*) Muy bien, señorita Lucia, perfectísimamente bien;... todo el mundo está encantado de vuestro talento.

MAT. A vos, Lucia, debo esos prolongados aplausos;... Dificilmente los hubiera alcanzado, si vos no me hubierais ensayado con tanta paciencia como buen gusto, la pieza que acabo de ejecutar.

LUC. Recibid mi felicitacion por vuestro triunfo, al propio tiempo que mi despedida.

MAR. Cómo! Os váis tan temprano?

LUC. Al contrario, es demasiado tarde para mí.

MAR. Es imposible os marcheis ahora, con la noche como está;... mirad que llueve demasiado.

MAT. Además, muchas personas desean tener el placer de bailar con vos.

LUC. Oh! imposible... no bailo... Ese ruido y esa confusion me causan sumo daño.

MAT. Pues bien, una vez que eso tanto os molesta, y que en toda la noche habeis querido presentaros en el salon principal, cenaremos juntas las tres... pero á condicion de que habeis de cantar por mí una sola vez no mas, esa divina cabaleta en que tan admirable estais.

LUC. Como querais, deseo complacer á todos.

MAT. Sois por demas amable, mi aventajada profesora. (*vanse.*)

ESCENA V.

MARTILLY y MULLER.

MULL. (*ap. al entrar.*) Todavía no he podido hablar á Lucia, para ver si son ciertas mis sospechas. Todo me induce á creer que Alberto la visita secretamente... Aprovechemos los instantes que quedan.

MAR. Ola! Señor Muller, abandonais tan pronto el salon?

MULL. La encantadora Matilde no está en él, con esto os digo bastante.

MAR. (*sonriendo.*) Os comprendo... quereis empezar á hablarme de...

MULL. Tiene algo de extraño mi deseo? No es Matilde la mas bella y amable de toda la reunion?

MAR. Si, pero tiene un defecto que nadie mejor que vos debéis haber notado.

MULL. Un defecto! Cuál es?

MAR. Que no os quiere para amante.

MULL. Sin duda porque no soy uno de esos almivarados jóvenes! Creo que 34 años...

MAR. No es la edad la que os perjudica; al contrario;... mi hija encuentra á la juventud frívola y sin fundamento... Bien sabéis que ha rechazado algunos brillantes partidos por esa sola causa. Esta mañana la hablé de vos con toda precaucion, como lo hago siempre, á fin de no asustarla... (*Muller se sorprende.*)

Quiero decir, de no contrariarla, pues bien sabéis lo mucho que la quiero...

MULL. Y qué os contestó?

MAR. Que ama á otro, cuyo nombre me ha ocultado, porque dice que todavia no se ha confiado á ella por discrecion, segun cree.

MULL. (*Ya sé quien es!*)

MAR. Espera que se declare cierto suceso, para ponerlo en mi noticia.

MULL. (*Tambien sé cual es ese suceso, la adquisicion de un cuadro para el príncipe; pero no lo logrará.*)

MAR. Con que, qué os parece?

MULL. Escuchadme, y os diré...

ESCENA VI.

RAUL, MARTILLY, MULLER.

RAUL. (*entrando.*) Calla! Vos por aqui, caballero Martilly!

MULL. (*Todavia este hombre? Que siempre venga en ocasion de hacerme daño!*)

RAUL. (*á Martilly.*) En todas partes preguntan por vos; jugadores desbancados necesitan de vuestro auxilio.

MAR. Si? Pues voy corriendo...

MULL. Mas tarde seguiremos nuestra conversacion.

RAUL. Respecto á Matilde? Si me creéis, Martilly, os aconsejo que no lo escojais por yerno vuestro. Sois rico y noble, y solo falta gloria en vuestra familia. Elegid para esposo de Matilde... á quién diré? A un artista. Muller no es mas que un simple millonario de los muchos que andan por el mundo, y quizás un azar ó una revolucion puede comprometer sus bienes, mientras que el mérito y el genio...

MAR. Os dejo para que os debatais con toda libertad. (*vase.*)

ESCENA VII.

RAUL, MULLER.

MULL. Sabéis, señor D' Aremberg, que vuestras continuas bromas me van ya cansando?

RAUL. Qué quereis! Soy decido protector de los artistas, no solo por su moralidad y talento, sino por su naturalidad y franqueza.

MULL. Y por qué inducis á Martilly á que me niegue su hija?

RAUL. Porque me intereso por ella; y ademas, porque no seriais buen esposo, lo entendeis?

MULL. Caballero!

RAUL. Qué se os ofrece? Quereis batiros conmigo? Ya sabéis por experiencia que mi mano es algo fatal...

MULL. Caballero, no he pasado mi juventud manejando las armas como vos.

RAUL. La habeis pasado amontonando dinero... y no contento aun con lo que teneis, quereis acumular sobre vuestros bienes los de Matilde!

MULL. No es la fortuna de Martilly la que me induce á querer á su hija... Es solo su probidad y su consideracion.

RAUL. Será posible que necesiteis de su probidad y estimacion? Hablemos francamente; es cierto ese rumor que respecto á vos circula, y el cual ignora todavia Martilly?

MULL. Qué rumor? (*asustado.*)

RAUL. Hay quien dice, que se ignora vuestro origen, y el de vuestra fortuna.

MULL. (*con audacia.*) Mi fortuna se la debo á mi trabajo, y á la confianza del Príncipe.

RAUL. Pobre príncipe! Qué hombres tan bondadosos hay en la tierra! Ya se vé, como nuestro soberano es decidido protector de las artes, y vos lisongeis su orgullo vendiendo las cosas raras, segun le decis, asegurándole que nadie en el mundo posee cosa igual... de ese modo haceis vuestro negocio.

MULL. En fin, qué quereis decir?

RAUL. Que renunciéis para siempre á la mano de Matilde; que no la volvais á ver, y sobre todo, que no volvais á poner en ridículo ante sus ojos al honrado Alberto... á mi distinguido maestro, á quien ya que como discípulo en nada le honre, me he decidido como hombre á defenderle y protegerle, contra las asechanzas del cobarde y del envidioso.

MULL. Y quién le persigue? Al contrario, tengo en mi poder papeles suyos, que si quisiera podrian muy bien comprometerle, y no lo hago.

RAUL. Alguna deuda?

MULL. Muchas.

RAUL. Cedédmelas, y os las pagaré al punto.

MULL. Yo tambien quiero ser generoso con él.

RAUL. Cómo! Vos, un hombre tan interesado perdonar deudas? Quiero hacerlos justicia, diciéndoos que os creo incapaz de tan noble accion.

MULL. (*con sangre fria.*) Pues os equivocais; la prueba es, que si quisiera perder á Alberto, con solo cuatro palabras lo conseguiria.

RAUL. Y qué podriais decir, que no fuese una calumnia?

MULL. Qué? Que estraviadas sus ideas políticas, formaba cuerpo de una conjuracion misteriosa, cuya ramificacion se estiende mas allá de la Alemania.

RAUL. Falso! Falsísimo!

MULL. Eso es justamente lo que le dije al príncipe, cuando me habló del asunto.

RAUL. Cómo! Salisteis á la defensa de Alberto? Vamos, vamos, dispensadme que lo dude... Vos, su enemigo declarado!...

MULL. (*Caro me has de pagar tus insultos!*) Caballero, veo que no nos es nada conveniente continuar nuestra entrevista... por lo tanto... (*tratando de marcharse.*)

RAUL. Como gustéis, pero antes os advierto, que parto dentro de dos horas para Florencia, donde, segun noticias, habeis nacido y pasado vuestra juventud.

ESCENA VIII.

Dichos, ALBERTO.

ALB. (*á Raul.*) Se necesita un jugador mas, y vengo á buscaros.

RAUL. Voy, amigo mio. Quereis algo para Florencia? Parto dentro de dos horas.

ALB. Gracias! Despues hablaremos. (*vase Raul.*)

ESCENA IX.

ALBERTO, MULLER y PABLO.

PAB. (*á Raul, fuera de si.*) Perdonad, buscaba á Alberto.

RAUL. Aqui le teneis. (*vase.*)

ALB. (Pablo aqui!)

PAB. Amigo mio, vengo. (*al ver á Muller se detiene.*)

MULL. (*mirándole.*) Cosa mas estraña! Yo conozco á este hombre! Y llama á Alberto su amigo!.. Oh! si fuese... (*vase.*)

ESCENA X.

PABLO, decentemente vestido, y ALBERTO.

ALB. Qué traes? Qué motivo te conduce á esta casa?

PAB. Cuál?... Que la justicia ha invadido la tuya.

ALB. Cómo? Mis acreedores se han vuelto atrás de su palabra? Oh! una mano secreta me persigue.

ESCENA XI.

Dichos, MARTILLY, con una bolsa de dinero.

MAR. (*á Alberto.*) Bien lo decia yo! Para buscar á Alberto en una reunion, es preciso ir por las salas retiradas.

ALB. Perdonad... la fatiga... el cansancio...

MAR. Haceis bien; estais en vuestra casa, y podeis ir á donde gustéis. (*viendo á Pablo.*) Quién es este caballero?

ALB. Es mi...

PAB. (*vivamente.*) Un amigo íntimo que hace tiempo no le vé, y necesitaba darle un recado... por eso me tomé la libertad...

MAR. Está bien, está bien; los amigos de Alberto lo son míos.

PAB. Caballero ..

MAR. Y si gusta pasar al salon de baile.

PAB. Perdonad... estoy cansado.

MAR. Ireis á la sala de juego...

PAB. Oh! no juego...

MAR. En ese caso nos acompañareis á cenar.

PAB. Gracias, gracias... á estas horas no acostumbro...

MAR. Al menos os distraereis.

ALB. (*bajo á Pablo.*) Si, si, vete; quiero estar solo y reflexionar un rato.

PAB. (*á Martilly.*) Como gustéis, caballero; estoy á vuestras órdenes.

ESCENA XII.

ALBERTO, á poco MATILDE.

ALB. Qué haré?... Mis recursos se acaban, mi cuadro ha sido desechado. (*aparece Matilde.*) A quién acudiré para que me socorra? Habrá en el mundo un ser mas desgraciado?

MAT. Oh! romped el silencio de una vez... Decidme que me amais hace tres años, y mi fortuna es vuestra.

ALB. Matilde!.. Con que me habeis oido?

MAT. Si, si, os he estado escuchando.

ALB. Oh! sois la mas generosa de las mugeres.

MAT. Alberto, si hubieses sido dichoso, jamás me hubiera presentado á vuestra vista, y hubiera esperado; pero ahora que os veo perseguido y envidiado de todos, debo tenderos una mano de proteccion, ya que de esposa no pueda ser.

ALB. Oh! no habeis comprendido...

MAT. Si, sé que sois un artista tan noble como desgraciado; pero en cambio mi fortuna bastará á vuestra felicidad.

ALB. Oh! Matilde... Sabedlo de una vez; os amo... pero no con una pasion loca y pasagera, fundada sobre quiméricas ilusiones... No, mi amor estriba en vuestra pureza y en vuestra generosidad.

MAT. Entonces, quién se opone á vuestra dicha?

ALB. Nuestra desigual posicion; vos sois bella y afortunada, yo pobre, perseguido, y sin mas bienes que mis pinceles... Ademas, vuestro padre.

MAT. Mi padre quiere mi dicha á cualquier precio; mi voluntad es la suya, mis deseos su pensamiento; cuando le presente al hombre elegido para esposo mio é hijo suyo, su primer palabra será un abrazo de cariño y de consentimiento... Teneis otro recelo que esconder?

ALB. Daros gracias de rodillas, y bendecir vuestra palabra. (*se oye música.*)

MAT. La gratitud os la devuelve, y acepto vuestra actitud en señal de victoria.

ALB. (Dios mio, qué acabo de hacer? (*ap. queriendo evadirse.*) Cómo he podido olvidar?..)

MAT. Qué teneis?

ALB. (Cómo decirle que tengo una hija!)

MAT. Alberto, de qué proviene esa turbacion?

ALB. (Y el honor exige que hable!) Matilde, un secreto me obliga...

MAT. Hablad, hablad.

ALB. (Oh! preferiria mil veces no haber osado... Cómo la digo que Lucia...)

MAT. No comprendo...

ALB. Temo que mi confesion os hiera vivamente.

MAT. Decidme antes que me amais... y todo lo demás me es indiferente, hablad!

ALB. Si, yo os lo juro; os amo... y por lo mismo mi culpa es cada vez mas criminal.

MAT. Vuestra culpa? La cometisteis antes de conocerme?

ALB. Mucho antes, Matilde!

MAT. Entonces, no me importa.

ALB. Oh! si; es preciso que lo sepais... y vuestro padre... el honor me lo exigen, los remordimientos lo mandan.

MAT. Vamos, responded á las preguntas que os voy á hacer, para que acabemos de una vez. (*riendo.*) Habeis usurpado bienes que no os pertenecian?

ALB. Jamás.

MAT. Habeis quitado la vida á alguno?

ALB. Oh! Imposible!

MAT. Sois casado, ú os unen lazos secretos á alguna muger?

ALB. No, no, Matildé.

MAT. Pues entonces, nada quiero saber de vuestra vida pasada... mi amor prefiere ignorarla siempre; conque asi os prohibo habeis nada á mi padre. Dadme palabra de caballero de que me obedecereis... A nadie mas que á mi toca perdonaros una falta, y ya está perdonada... En el salon os esperan.

ESCENA XIII.

ALBERTO, solo.

Oh! Buena y generosa Matilde! Nada quiere saber, y todo lo perdona! Mas cómo callar!.. Mis deberes me lo impiden... Sin duda teme que su padre...

ESCENA XIV.

ALBERTO, LUCIA.

LUC. (*dentro.*) Oyes, Marta? En seguida partiremos.

ALB. (*volviéndose.*) Esa voz es la de Lucia!

LUC. Padre mio!

ALB. Tú aqui, hija mia!

LUC. (*turbada.*) No crei veros en esta casa, padre mio.

No me riñais; mi nueva y bondadosa discípula me suplicó viniese á ensayarla varias piezas para la reunion de esta noche, y no he podido negarme á ello. Mirad, he venido con Marta; verdad que no me reñireis?

ALB. Qué oigo! Tú das lecciones de música á Matilde Martilly?

LUC. Y es una de mis discípulas mas aventajadas! Si vierais cuánto me quiere!... Como si fuésemos hermanas! Es un angel de bondad... tan cariñosa!...

ALB. Si, si, dices bien; el corazon mas noble y puro que existe en la tierra.

LUC. Con qué fuego lo decis, padre mio!

ALB. Porque despues de ti, Lucia mia, es la muger á quien adoro... á quien admiro.

LUC. Vos?

ALB. Si, porque ella puede ser mas que tu amiga... tu protectora...

LUC. Matilde mi protectora? (*con jdbilo.*)

ESCENA XV.

Dichos, MULLER en el fondo.

MULL. (Están juntos!... no me engañé.)

ALB. No digas nada á nadie; en breve quizá seré esposo de Matilde.

LUC. De Matilde?

ALB. Pero no temas, Lucia mia, que ese casamiento te robe mi cariño y mi ternura; al contrario.

MULL. (*haciendo señas dentro.*) Comprendo la infamia! Esposo de Matilde y amante de Lucia! (*se esconde.*)

ALB. Ya es tarde, y es preciso que te recojas. Voy á mandar traer un carruage para que te conduzca á casa; y mañana, cuando vaya á verte, te lo contaré todo.

LUC. (Mi dicha por la suya! Dádsela, Dios mio, al hombre mas bondadoso. (*vanse; Alberto por el fondo izquierda y Lucia por la puerta derecha despues de abrazarle.*))

ESCENA XVI.

MULLER, saliendo del fondo derecha.

El plan no está mal calculado... Digo! si los artistas son tontos! Una querida para su encanto, y una esposa para su fortuna, y cuya dote servirá para satisfacer los caprichos de la querida! Oh, Alberto, os conozco demasiado para que cese de perseguiros... Martilly no tardará en acudir á una entrevista que he solicitado, y todo lo sabrá. Ahora si que estoy seguro de que la mano de Matilde será mia... Luego que venga Raul D'Aremberg á defender con el entusiasmo que acostumbra á su maestro Alberto; que venga, pues á pesar de la herida que me hizo en el costado con la punta de su estoque, no le temo; quizás algun dia pagará su destreza; por de pronto traigo entre manos otro descubrimiento para perder á Alberto... Ese amigo suyo, presentado por él en esta casa, me ha dado mucho en que pensar... Oh! juraria que le conozco; segun creo, en breve podré añadir mas leña al fuego; trabajemos sin descanso..... Trabajemos, y triunfaremos.

ESCENA XVII.

MARTILLY y MULLER.

MAR. Qué es lo que me quereis, caballero Muller?

MULL. Hablaros con seriedad.

MAR. Ante todo, y conociendo el asunto que os obliga á llamarme á este sitio, debo deciros primeramente, que mi hija acaba de participarme que Alberto va á pedirme su mano; vos me haceis igual peticion; si hubiese sido yo el encargado de escojer á mi gusto, hubiera vacilado un poco... Ya se vé, vos sois rico y quizás en breve lo sereis mas; Alberto es ahora un artista desgraciado, pero puede, mediante su talento y honradez, triunfar de su mala estrella; en esta situacion solo mi hija ha podido decidir, y ha decidido en efecto, diciéndome que á vos ni os ama ni os amará nunca, y que Alberto es su sola felicidad... Con que asi, amigo mio, conformaos, ya que no podeis ser mi yerno, sereis mi mejor amigo.

MULL. Martilly, mi caballerosidad ante todo, me obliga á haceros un pregunta.

MAR. Una pregunta? Cuál es?

MULL. Creéis, por ventura, que Alberto ama á Matilde?

MAR. Estoy persuadido de ello.

MULL. Os engañais, porque lo que ama es su fortuna.

MAR. No lo creo; su generosidad y su nobleza me impiden hasta el oírlo.

MULL. Generosidad decis? Ya lo creo; pero no para con vuestra hija.

MAR. Para con quién?

MULL. Para con otra muger á quien le unen lazos secretos.

MAR. Os engañais; eso es una calumnia, y os desafio á que me la enseñeis.

MULL. Aqui la teneis; la joven Lucia.

MAR. Lucia!.. Y las pruebas, dónde están?

MULL. En la conversacion que acaban de tener ambos en este sitio, en el cual se han jurado no abandonarse ni dejarse de querer, á pesar de que otra muger se llame su esposa... Si quereis mas, ahora mismo ha salido Alberto en busca de un coche, para conducir á Lucia á su casa... Id á buscarle, mientras yo llamo á Lucia, y haced que me sorprenda cuando yo la esté galanteando, y vereis si es cierto cuanto os he dicho.

MAR. Oh! me repugnan tales acciones; mas la felicidad de mi hija me obliga á adoptar toda clase de medios. Voy á traer á Alberto á este sitio, cuando esté aqui Lucia. Si habeis dicho la verdad, despues de arrojarlo de mi casa, sereis el esposo de Matilde. (*vase.*)

MULL. Acepto la oferta.

ESCENA XVIII.

MULLER, luego LUCIA.

MULL. (*llamando á la puerta derecha.*) Señorita Lucia! Señorita Lucia!

LUC. Quién me llama? Oh sois vos!

MULL. El mismo, enviado por Matilde, para conducirlos al salon donde os esperan multitud de personas, ansiosas de contemplar vuestra belleza.

LUC. (*cortada.*) Caballero, decid á esa señorita, que me dispense no acuda á su llamamiento... Me siento algo indispuesta, y no me es posible presentarme en la sala. (*aparecen en el fondo Alberto, Pablo y Martilly.*)

MULL. Cómo! con que nos hemos de ver privados de vuestra compañía, cuantos admiramos vuestros atractivos y vuestras gracias?

LUC. Os agradezco tanta amabilidad.

MULL. (Alberto me oye, esta es la ocasion.)

MAR. (á Alberto.) Con que ya nos abandonais?

MULL. Señorita, dispensad si insisto en llevaros al lado de Matilde... Ella es la encargada de deciros cuanto me intereso por vos, ó por mejor decir, lo mucho que os amo.

LUC. Vos me amais? (sorprendida.) Oh! jamás!

MULL. (cogiéndole la mano.) Será posible, encantadora niña, que no merezca una palabra de consuelo y de esperanza?

ESCENA XIX.

Dichos, PABLO, ALBERTO, MARTILLY.

LUC. (con dignidad.) Caballero, respetad mi soledad.

ALB. Miserable! (separando violentamente á Muller.)

MAR. Era cierto!

ALB. Qué habeis osado decir á esa niña?

MULL. Lo que no os importa.

ALB. Os prohibo que la mireis.

MULL. Y con qué derecho, señor mio? La amais por ventura?

ALB. Qué si la amo decis? La adoro!

MAR. El mismo lo confiesa.

MULL. Es tal vez vuestra querida? (con ironia.)

ALB. Es mi hija!

MAR. Vuestra hija!

MULL. (Tanto peor, compromiso inevitable!)

ALB. La habeis injuriado, y os pido una satisfaccion por villano y miserable.

PAB. (á los dos.) Mirad, señores, que un duelo es un crimen.

LUC. Cómo! Mi padre se vá á batir?

MULL. (mirando á Pablo.) Qué veo! El cielo me ayuda.

ESCENA XX.

Dichos, MATILDE y varios convidados.

MAT. Dios mio! Qué pasa? Qué ruido es este?

MAR. Que Alberto ni merece tu amor ni tu cariño; nos ha ocultado los escesos de su juventud; tiene en el mundo un ser á quien llama hija suya... es Lucia.

MAT. Lucia hija de Alberto! (con alegria yendo á ella.)

ALB. Si, Matilde; esa era la confesion que no quisisteis oír.

MAT. (abrazándola.) Pues bien, Alberto, mi palabra dura lo que mi vida, todo os lo perdono.

MAR. Matilde, el deber de Alberto es unirse á la madre de su hija.

ALB. Murió quince años há, y si hubiese sido tan infame, la hubiera arrojado á un hospicio; pero he preferido que su vida y su educacion sean la causa de mi ruina; si la hubiese abandonado, mi fortuna y mi crédito serian mas elevados; (abrazando á su hija.) pero amo á mi hija, y todo lo desprecio.

LUC. (Dios mio! Dios mio! Con que yo soy la causa de sus desgracias?)

MAR. Conozco perfectamente los deberes de padre, y por lo tanto os digo, que jamás sereis el esposo de Matilde.

MULL. (ap. mirando á Pablo.) El es; no me cabe duda!

ALB. Adios, Matilde; salgo de esta casa para nunca mas volver... Perdonad mi atrevimiento.

MULL. Caballero Alberto, aqui me teneis.

ALB. En breve nos veremos.

MAT. Alberto! Alberto! (se oculta detrás de su padre)

MULL. Vuestro testigo...

ALB. Aqui le teneis. (por Pablo.)

LUC. Padre mio, padre mio, no os batireis.

MULL. Descuidad, señorita; si vuestro padre no escoge otro testigo, yo seré quien rehuse batirme.

ALB. Qué decis?

MULL. Que jamás cruzaré mi espada con la de un hombre que lleva por testigo á un ladron.

TODOS. Cielos!

MULL. A un ladron, que ha pasado tres años en las cárceles de Turin. (á Pablo.) Os atreveréis á negarlo? (Pablo baja la cabeza y dice que no.)

MAR. Cómo, Alberto! Y ese hombre es amigo vuestro?

ALB. (junto á Pablo.) Senores, este hombre á quien el tribunal ha condenado injustamente, no es mi amigo, es mi hermano!

TODOS. Su hermano!

RAUL. (á Lucia.) Valor, señorita, yo velaré por los tres.

ALB. En cuanto á vos, que os negais á darme satisfaccion despues de haber ultrajado á mi hija y calumniado á mi hermano... (le quita la cruz que lleva en el pecho y se la arroja al suelo; Muller se baja á recogerla y Alberto le coge del cuello y le tira en tierra.)

Humillaos para recogerla, como habeis hecho para haberla obtenido!

MULL. Oh! rabia! (desasiéndose.)

ALB. Os negareis ahora á batiros?

RAUL. (bajo.) Señor Muller, parto para Florencia; en breve nos veremos.

MULL. (A tu vuelta seré el esposo de Matilde.) (cuadro de confusion.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La casa del pintor Alberto. En las paredes habrá colgados muchos cuadros. Un medallon de cuatro pulgadas de circunferencia contiene el retrato de Lucia, pintado por su padre; estará colgado á la izquierda. Un boceto de Rafael á la derecha; mesa y silla á la izquierda; otra silla á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

MARTA, despues LUCIA.

MARTA. Nada hay aqui que sea nuestro; dentro de poco vendrá la justicia por lo que ha quedado, y mañana no tendremos recurso alguno. Cuántas desgracias, Dios mio! Y esa pobre Lucia, que necesita tanto reposo! Esa pobre niña que se muere de pena, y que sonrie á su padre para ocultarla! Oh! se me parte el corazon!

LUC. (pálida y débil.) Ha vuelto mi padre, Marta?

MARTA. Todavía no; ha ido á ver á sus acreedores para que le den algun plazo; ya sabes que desde la noche fatal que fuimos á casa del señor de Martilly, se ha visto obligado á aumentar sus deudas; tu enfermedad le ha dejado sin recursos, y ha tenido que venir á vivir con nosotras para ahorrarse el alquiler de la casa.

LUC. Y ninguno de sus antiguos amigos ha venido á verle! Ah! Si Raul no estuviera ausente!

MARTA. Si, todos le han olvidado; y para colmo de desdichas, hasta han sido acusados los dos hermanos de pertenecer á una sociedad secreta, recibiendo una orden de destierro para dentro de una hora. Ese pícaro Muller es la causa de todas las desgracias de tu padre; él es el que ha comprado á todos los acreedores para que lo persigan. (Aparece Matilde dejando una criada á la puerta.)

LUC. Oh! lo ingratitud y el abandono de los amigos de mi padre no me estraña; hay otra persona...

ESCENA II.

Dichas y MATILDE.

MAT. Que soy yo, no es verdad?

LUC. (yendo hacia Matilde.) Ah! señorita Matilde, sois vos? Hace un mes que os estaba esperando.

MAT. Si supieseis, Lucia! He sido tan desgraciada y he sufrido tanto! Hasta hoy no he podido salir; á pesar de todos los obstáculos, mi conciencia me mandaba venir y he venido.

LUC. Oh! gracias, porque os habeis acordado de mi padre; esperadle, ahora vendrá; vuestra presencia le dará valor; si vieseis cómo ha cambiado!

MAT. Pobre Alberto! Y vos, Lucia? Parece que sufris mucho?

LUC. No tanto como la noche de aquella escena fatal de que fui testigo en vuestra casa. El desaliento y la desesperacion se apoderaron de mi; conoci que era la causa de todas las desgracias de mi padre; que mientras yo viviese nada le saldria bien, porque estaba destinada á ser su angel malo.

MAT. Vos!

LUC. Oh! entonces se me ocurrió un pensamiento terrible; quise morir; pero el hermano de mi padre me hizo ver que era un crimen, y desde entonces he procurado reparar mis fuerzas. Si; ahora quiero, necesito vivir... y no puedo.

MAT. Qué decis? Valor, amiga mia; es preciso que vivais para vuestro padre.

LUC. Viviré; pero consoladlo tambien vos; decidme que lo amais aun.

MAT. Si lo amo! Si, Lucia, amo á Alberto!

LUC. Oh! esa palabra me hace dichosa, (aparece Marta.) y la alegria de haberos visto... (con languidez.)

MARTA. La menor emocion le es funesta. Vete á tu cuarto, hija mia.

MAT. Si, si, entrad á descansar.

LUC. Pero con la condicion de que esperareis á mi padre.

MAT. Os lo prometo, Lucia; hasta despues.

LUC. Hasta despues? Si, si Dios quiere. (vase sostenida por Marta y Matilde.)

ESCENA III.

MATILDE, sola.

Ah! si yo pudiese aplacar á mi padre! Si pudiese dar mi mano á Alberto, salvaria á esa pobre niña!

ESCENA IV.

ALBERTO y MATILDE.

ALB. Nada! Todos inflexibles como el destino. (viene pálido y vestido pobremente.)

MAT. Alberto!

ALB. Matilde! Sois vos? Cómo os habeis hecho esperar?

MAT. Hubiese venido antes si hubiese podido. He salido hoy por primera vez, y mi padre ignora que estoy aqui.

ALB. Vuestro padre! Me abandona por tener en mi familia un hombre honrado á quien calumnian.

MAT. Debo respetar su voluntad. Tal vez un dia... pues bien, Alberto, por muy lejano que pueda estar ese dia, esperaré.

ALB. Ah! Ese dia, aunque fuese mañana, seria demasiado tarde.

MAT. Por qué?

ALB. Mirad, ya no soy el mismo! La desgracia se ha apoderado de mi, y la desesperacion se ha entronizado en mi alma!

MAT. Qué decis?

ALB. Mi hija se muere; dentro de poco nada me quedará en la tierra, y he tomado mi partido.

MAT. Alberto!

ALB. Vos, Matilde, sed dichosa...

MAT. Amigo mio, me hareis la injusticia de desconocerme hasta el punto de pensar que no tomo parte en vuestra pena?

ALB. Ah! os hago justicia; ya sé que siempre habeis sinó buena para conmigo; pero os lo repito, no soy yo, es Lucia la que me arrastra en pos de si... es mi destino.

MAT. (reparando la desnudez de la habitacion.) Yo hubiera debido notar... al entrar aqui... ah!

ALB. (disimulando.) Os engañais, Matilde; no necesito nada; he quitado de aqui los muebles para poner mis cuadros...

MAT. Es cierto lo que me decis?

ESCENA V.

Dichos y PABLO.

PAB. (lleva un capote viejo con mangas.) No me han querido dar mas que veinte risdalés, por tu reloj que les he dejado en prenda.

MAT. Cielos! Oh! me engañabais, Alberto... Si hubiese pensado... (vase rápidamente.)

PAB. Y tus acreedores, te han dado algun plazo?

ALB. Si dentro de una hora no les he satisfecho, acudirán á la justicia y se llevarán lo que nos queda.

PAB. Vamos, hermano mio; será preciso apurar el cáliz hasta las heces... cúmplase la voluntad de Dios!

ALB. La voluntad de Dios! (con amargura.)

PAB. Si, su voluntad! Quién sabe á dónde te llevaria la tuya! Tú no ves mas allá de los límites de este mundo, y Dios lo vé todo! Para juzgar á tu juez, espera.

ALB. Si, si; acaso tengas razon; esperemos. Estabas aqui cuando vinieron los peritos enviados por los acreedores, para apreciar esos cuadros?

PAB. No.

ALB. Esa coleccion no puede ser apreciada en menos de diez mil ducados; sobre todo, si incluyen ese boceto original de Rafael... Debo siete mil; nos quedarán tres mil; escucha mi proyecto. Nos echan de nuestra patria por conspiradores; dejaremos á Berlin dentro de una hora: iremos á Italia; el aire puro de aquel pais tal vez haga un milágro, y Lucia se salvará... Yo daré lecciones de pintura y de dibujo, si Dios cura pronto la herida que recibí en el desafio con el honrado Muller. (enseña la mano derecha.)

PAB. (subiendo.) Perfectamente! Ea, valor! Voy á avisar á esos vecinos tan ricos, que quieren venir á la venta... Pero aqui están todos.

ALB. Valor, corazon, valor! (yendo á sentarse anonadado.)

ESCENA VI.

Dichos, algunos jóvenes elegantes, un ESCRIBANO y dos ó tres peritos.

UN JOVEN. Veamos, aqui hay cosas muy buenas.

PAB. (Este debe ser inteligente.)

EL JOVEN. (desdeñando.) Pero todo esto es pintura nueva! Pintura nueva!

PAB. Si, caballero, como lo eran los cuadros antiguos cuando se acababan de pintar.

EL JOVEN. Sin duda; pero qué es esto? Un boceto?

PAB. Si, caballero, de Rafael.

EL JOVEN. De Rafael?

ALB. A no dudarlo. Ahí están los apreciadores...

UN PERITO. Efectivamente, es cierto!

PAB. Si alguno de vosotros desea comprar la colección entera, que lo diga. Me acomodaría eso mucho más, porque tengo que partir dentro de una hora.

EL JOVEN. (Hola! tiene prisa!) Y qué vale todo eso?.. Tres mil ducados?

ALB. Tres mil! (*se levanta.*)

EL JOVEN. Todo lo más! Y aun creo que es mucho!

ALB. Tres mil ducados! Profanación! Señores, si esos cuadros en vez de pertenecer á la justicia, fuesen míos, preferiría dárselos á vuestros lacayos que los apreciarían mejor que vosotros!

EL JOVEN. Caballero!

ALB. Os prohibo que mireis este Rafael! Os lo prohibo, porque sois indigno de ello. (*coge el cuadro y lo vuelve del revés.*)

OTRO JOVEN. Siendo así...

ALB. Un momento, señores. En cuánto habeis valuado esta colección, caballero, excepto este retrato que es el de mi hija, y que me pertenece?

EL ESCRIBANO. Nosotros representamos aquí á los acreedores, y no podemos permitir que se distraiga ningún objeto hasta la extinción total de la deuda. (*Alberto dá á un alguacil a miniatura, que aquel pone con los demás cuadros.*)

ALB. Decid, en cuánto? (*al apreciador.*)

EL APRECIADOR. Mis compañeros y yo hemos valuado toda la colección en cinco mil ducados...

PAB. (Y debe siete mil!)

EL APRECIADOR. Según nuestra conciencia. Así pues, mediante dos mil ducados añadidos al valor de estos cuadros, se os devolverán vuestros pagarés. Esperaremos allí algunos instantes. (*se van por el fondo.*)

ESCENA VII.

ALBERTO y PABLO.

ALB. Cinco mil ducados! Miserables! Será preciso dárselos! Valiera más... (*hace ademán de romperlos.*)

PAB. Cálmate, hermano mio!

ALB. Que me calme! Qué esperanza me resta? Quién me dará los dos mil ducados que aun me faltan para pagar las deudas, y partir con mi miseria lejos de mi patria? Calmarme, Pablo, y mi hija se muere, y dentro de poco la deshonra habrá pisado los umbrales de esta casa!

PAB. Pues bien, hermano, sé hombre, afronta la tempestad, inclínate ante Dios!

ALB. Inclíname cuando puedo burlar su injusticia, cuando puedo morir!

ESCENA VIII.

Dichos; el ESCRIBANO, agentes, LUCIA.

LUC. (*corriendo.*) Morir, padre mio!

ALB. Hija mia! Hija mia! (*estrechándola en sus brazos.*)

Esc. Caballero, permitidme cumplir con el penoso deber que me impone la ley.

LUC. Qué está diciendo?

Esc. Tengo que llevarme estos cuadros; pero como no representan sino cinco mil ducados, y debeis siete mil; si no me podeis dar el resto, tendré que proceder á la prisión.

LUC. Cielos! (*cae en una silla.*)

ALB. Pues bien, no puedo; ejecutad la ley, prended-

me. El destierro hubiera sido demasiado dulce con mi hija y mi hermano. Separadme de ellos como si fuera un criminal.

LUC. Separaros de mi! Yo muero!

ALB. Lucia!

LUC. (*casi desfallecida.*) Padre mio, apresuraos á abrazar á vuestra hija... porque será la última vez!..

ALB. Maldición sobre los hombres que me han acarreado todos estos males. (*se precipita en los brazos de Lucia.*)

ESCENA IX.

Dichos, y MATILDE; el escribano y los agentes se ponen á descolgar los cuadros.

ALB. Ah! Socorredla! Socorredla!

MAT. Cielos! Qué quiere decir...

ALB. Matilde! Querías ser su protectora? Pues bien, me privan de mi libertad! Os confío á mi hija! (*va á caer anonadado en la silla de la izquierda.*)

MAT. Cómo!

PAB. Si, le faltan dos mil ducados!

MAT. Tomad lo que necesiteis. (*á Pablo, bajo, dándoselos.*)

PAB. (*dándoselos al escribano bajo.*) Caballero, llevaos los cuadros, y dejadnos. (*á Alberto.*) Ya eres libre!

ALB. (*viendo la palidez de su hija.*) Se muere! Ah! pronto! Marta! Marta! Dios mio!.. (*Alberto, Matilde y Marta se llevan á Lucia. Los agentes se llevan una parte de los cuadros. Muller entra.*)

ESCENA X.

MULLER, PABLO.

MULL. Señor Pablo?

PAB. A qué venis á esta casa? A gozaros en vuestra obra? Pues bien, mirad, mirad... aquí se nos despoja! (*enseñándole la habitación.*)

MULL. Porque teneis deudas.

PAB. Allí... una pobre niña se muere... y dentro de poco tendremos que partir para estraña tierra, sin recursos de ninguna clase. Gozaos, gozaos en vuestra obra!

MULL. Bien, bien, no gastemos el tiempo en palabras inútiles. Vengo á sacaros de la miseria, á ofreceros oro.

PAB. Vos? Oh! me dais miedo!.. Explicaos.

MULL. Amais á vuestro hermano, y á vuestra sobrina?

PAB. Y me lo preguntais?

MULL. Ahora bien, si quereis salvarlos, os ofrezco seis mil ducados.

PAB. Seis mil ducados!

MULL. Aquí los teneis en buenos billetes del tesoro. Miradlos. (*los enseña.*)

PAB. (*con efusion.*) Oh! si! si! Señor Muller! El arrepentimiento sin duda os ha tocado el corazón, y habeis venido generosamente... Oh! Dios os lo recompense!

MULL. Mejor quisiera que fueseis vos!

PAB. Yo! Pero qué puedo daros en cambio?

MULL. Oh! muy poca cosa.

PAB. En fin, qué pedis?

MULL. Nada más que dos líneas de vuestro puño y letra.

PAB. Y qué han de contener esas dos líneas?

MULL. Una cosa que en vano procuraríais comprender, y que sería un acto de abnegación por parte vuestra.

PAB. Si es preciso morir, estoy pronto.

MULL. Apresurémonos, porque dentro de algunos minu-

tos vendrán por vosotros para conducirnos á la frontera.

PAB. Dictad. (*pónese delante de la mesa.*)

MULL. «Yo, Pablo Walter...» no es ese vuestro nombre?

PAB. Si.

MULL. «Declaro que soy culpable del robo de los veinte billetes de banco, por el que fui condenado.»

PAB. Yo no escribo eso.

MULL. Vos que consentias en morir!

PAB. Pero no en mentir.

MULL. No diré si es ó no una mentira; pero todo el mundo os cree culpable, y si la protesta de vuestra conciencia os basta á vos mismo, os es inútil ante los hombres.

PAB. Pero con qué intención...

MULL. Ya os he dicho que en vano procurarais comprenderla; además, me falta tiempo para explicaros...

PAB. No firmaré. (*se levanta.*)

MULL. Conque es decir que os negais á socorrer á vuestro hermano, proporcionándole estos seis mil ducados! Ya veo que no le quereis...

PAB. (*conmovido.*) Pobre Alberto! Firmaré. (*pónese delante de la mesa.*)

MULL. Todavía no; falta una línea.

PAB. Continúa. (*aparece Alberto, pónese á escuchar, y luego baja á la escena.*)

ESCENA XI.

Dichos, y ALBERTO.

MULL. (*dictando.*) «Declaro igualmente, haberme hecho culpable del crimen de falsario bajo el nombre...»

PAB. (*atónito.*) Pero señor Muller, nadie me acusa de esto!

MULL. Pues es preciso que os acuseis.

PAB. Para qué?

MULL. Si os obstináis en comprenderlo, quitareis el mérito á vuestra abnegación, y además, os lo he dicho, el tiempo urge.

PAB. (*levantándose.*) Pero yo no soy falsario ni ladrón, y no puedo firmar esto!

MULL. Sois un mal hermano, señor Pablo; la miseria de Alberto no os decide?

PAB. Voy á firmar. (*vá á hacerlo.*)

MULL. (*En fin.*)

ALB. (*se precipita sobre el papel desgarrándolo.*) No, hermano; no firmarás esa calumnia!

MULL. (*Maldición!*)

PAB. Tienes razón, Alberto, yo ultrajaba á la providencia desconfiando de ella.

ALB. En cuanto á vos, autor de este nuevo ultraje, publicaremos por todas partes...

MULL. (*con atrevimiento.*) Y quién os creará á vosotros, proscriptos, hambrientos, despojados y rechazados de todo el mundo? Aquí no hay sino tres personas...

PAB. Os engañáis, hay otro que lo vé todo.

MULL. Dónde está? Quién es? (*mirando asustado al redor.*)

PAB. Dios! (*señalando el cielo.*)

MULL. (*sonriéndose.*) Ba!... aquí somos tres. (*vase.*)

ALB. Miserable!

PAB. Y Lucia? (*los agentes entran y se llevan los cuadros y la mesa.*)

ESCENA XII.

ALBERTO, PABLO.

ALB. Bien pronto habrá dejado de existir

PAB. Resignémonos, hermano mio!

ALB. Deteneos, deteneos! (*viendo que los agentes llevan el retrato de Lucia.*) Hija mia! Lucia! Devolvedme el retrato de mi hija!

Esc. Caballero! Lo siento en el alma, pero este retrato no os pertenece.

ALB. Es mio!.. (*quiere apoderarse de él y se le quitan.*)

ESCENA XIII.

Dichos, MATILDE, despues MARTILLY.

MAT. Alberto!

ALB. Me han quitado el retrato de mi hija, diciéndome que no me pertenece!

Esc. Debe ser vendido como el resto.

ALB. Ah! (*sucumbiendo.*) Ella y su imágen! Todo lo pierdo á la vez. (*Matilde corre bruscamente donde está el Escribano, se quita una cadena de oro que lleva al cuello, se la dá y toma el retrato que entrega á Alberto.*)

MAT. Tomadlo.

ALB. Oh! Bendita seas! Hija mia! (*lo cubre de besos.*)

MAR. (*apareciendo en el fondo.*) Matilde?

MAT. Mi padre! (*bajo á Pablo.*) Oh! Pablo! salvadlo, salvadlo! Nos volveremos á ver! (*vase con su padre. Los agentes y el escribano; la escena queda completamente desnuda.*)

ESCENA XIV.

ALBERTO, PABLO.

PAB. Valor, hermano mio! El hombre debe saber sufrir y vivir.

ALB. Vivir! Pues bien, viviré, ya que así lo quieres; pero será para vengarme de los hombres que han matado á mi hija, que me echan de mi país; me armaré contra esa sociedad infame!

PAB. (*revestido de una santa serenidad.*) Amigo mio, sería mejor la sociedad si hubieses hallado en ella tu bienestar y tu dicha? Deja al malo y al egoísta esos sentimientos de cólera y de orgullo!

ALB. Pero dónde iremos? Qué va á ser de nosotros?

PAB. A dónde iremos, preguntas? Si fuésemos dos infames te diría: «Nosotros vamos á dejar este país y á marchar á otro. Qué importa? Ven; por todas partes hay hombres que explotan.» Pero conociendo tu alma, te responderé: «Ven, hermano, en todas partes hay hombres á quienes consolar y socorrer.»

ALB. Pero qué podremos hacer nosotros, pobres, desnudos y miserables? A quién podremos ser útiles?

PAB. El hombre mas infeliz tiene siempre en sí un poder que puede aplicar en bien de sus semejantes, y nunca es tan pobre que no pueda dar una limosna.

ALB. (*admirado.*) Ah! Pablo! Hermano mio!

PAB. Si, te lo repito, el hombre, cualquiera que sea la posición en que esté, aunque se halle abandonado en medio de un camino, puede ser útil á sus semejantes, dándoles el ejemplo sublime de una valerosa resignación á la voluntad de Dios. (*aparecen un oficial y soldados á la puerta del fondo.*)

ALB. (*á Marta que sale.*) Y mi hija? Lucia! hija mia! (*se precipita en el cuarto con Marta.*)

ESCENA XV.

PABLO, un OFICIAL y soldados; detrás de estos MULLER, cubierto con una capa.

OFI. (*acercándose.*) La hora que se os habia dado para vuestros preparativos, ha pasado ya; el carruaje está

ahí, y aquí tengo la orden de conducirlos hasta la frontera.

PAB. Un momento, caballero, su hija está allí, moribunda...

OFI. (con tristeza.) Tengo orden de no dejaros un instante, y un amigo del príncipe nos observa.

PAB. (viendo á Muller.) Oh! sí! allí está Satanás!

ALB. (volviendo.) Pablo! Hermano mío!

PAB. Y Lucia?

ALB. Todo ha concluido!

PAB. Alberto, Dios me dice que vale más que tu hija esté bajo su guarda y en el seno de su misericordia, que no que participe de las amarguras del destierro!

ALB. Si, tienes razón, hermano; tendré valor para saber que es dichosa en el cielo, mas bien que verla arrastrar á mi lado una vida miserable!

OFI. Segnidnos.

ALB. (á Marta que aparece sosteniéndose apenas.) Marta, señalarás la tierra donde repose mi hija, á fin de que si vuelvo algun día á mi patria, conozca el sitio donde debo arrodillarme y rezar. (sale con los soldados; un momento despues se oye el ruido de un carruaje.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Plaza de Roma. Un palacio á la izquierda; la iglesia de San Carlos Borromeo á la derecha; en el fondo, á la izquierda, una estatua sobre un pedestal.

ESCENA PRIMERA.

MARTILLY, MULLER.

MAR. (sale del palacio.) Sois vos, Muller? Y bien?

MULL. He visto á vuestro amigo el presidente del Tribunal del crimen, el cual me ha dicho que podeis visitar cuando gusteis la galeria Petramonte, una de las mas bellas de Roma. Ah! se me olvidaba: al pasar por el correo para ver si habia cartas para mí, he recogido las vuestras como me dijisteis... (dándole unas cartas.)

MAR. Gracias. (abre una.) Esta es de Berlin. Esta otra de Florencia.

MULL. De Florencia? (turbado.)

MAR. En ella me dicen que Berliani ha hecho bancarota.

MULL. Ah! (tranquilo.)

MAR. (abriendo la tercera.) Viterbo... Ah! esta es de Viterbo... del director del Hospicio á quien escribí. La triste noticia que circulaba esta mañana entre los artistas... es cierta... mirad.

MULL. No hay duda. (lee y se la devuelve.)

MAR. Pobre Alberto! Ahora, amigo mío, ya puedo cumplirlos la promesa que os habia hecho.

MULL. La señorita Matilde, que rehusaba mi mano, no tendrá ya motivos para demorar este casamiento... Sabeis que ha sido una idea magnífica dejar á Berlin donde todo le hacia recordar á Alberto?

MAR. (sonriendo.) Y donde os esponiais á cada instante á las burlas de Raul, el cual debe á estas horas estar allí de vuelta de su viaje á Florencia.

MULL. (preocupado.) Si, si... ya debe estar de regreso.

MAR. En fin, él está lejos de nosotros, y no debeis temer que os ponga en ridículo delante de mi hija. Podeis estar tranquilo por ese lado... porque, os lo repito, amigo mío, hemos observado con frecuencia mi hija y yo, que estabais distraido, sombrío, preocupado.

MULL. Yo...

MAR. Vuestra mirada tiene algunas veces una fijeza que me inquieta...

MULL. Es que amo á Matilde, y hasta que no sea mi esposa, no estaré tranquilo. Temo á cada momento que semejante dicha desaparezca. (en este momento entra Raul.) En fin, de hoy en adelante me mostraré tal como soy, risueño, amable.

RAUL. Amable vos, Muller? Seria curioso ver eso.

ESCENA II.

Dichos, RAUL.

MAR. Raul!

MULL. (Llegar en semejante momento!)

MAR. Sed bien venido!

MULL. Ciertamente. (con hipocresia.)

RAUL. Ya, ya veo que esto os causa placer. (á Muller con ironia.)

MAR. Y desde cuándo estais en Roma?

RAUL. Desde esta mañana.

MULL. Y vuestro viaje á Florencia?

RAUL. (burlon.) Magnífico, querido. Cuando regresé á Berlin, me fastidiaba en extremo; supe que estabais en Roma, y me dije: Ese bueno de Muller se alegrará infinito de verme. Pues á Roma! Tomé el camino, y aquí me teneis.

MAR. Vamos, vamos, mi querido Raul, un poco de caridad. Ya sabeis que os aprecio en extremo, que me alegro en el alma haberos visto; pero os lo ruego, no os mofeis así del amigo Muller, porque vá á ser mi yerno.

RAUL. Lo creéis así?

MAR. He dado mi palabra.

RAUL. Pues cuando se hace una imprudencia, debe retrocederse.

MULL. (irritado.) Caballero, habeis de saber que ya me canso de sufrir vuestras burlas, vuestros sarcasmos... y...

RAUL. (á Martilly.) No os estaba diciendo que de hoy en adelante se mostraria amable, risueño?

MULL. Caballero Raul, basta; es preciso que esto concluya!

MAR. Muller!

MULL. A pesar de vuestra superioridad en las armas, hay siempre medios de arreglar un duelo, en que la ventaja de la destreza no suponga nada, y en el que la casualidad decida.

RAUL. Ah! sí! una sola pistola cargada? No es eso?... Vamos, es ese el modo que teneis de ser amable?

MULL. Estoy á vuestras órdenes.

MAR. Señores!..

RAUL. Ha dos meses hubiera hecho tal vez la locura de aceptar...

MULL. Es decir que rehusais! Y por qué?

RAUL. Qué quereis? El hombre es á veces inconstante, y pudiera muy bien haberme dado ahora la mania de volverme sabio, así como vos habeis tenido la de volveros amable, risueño y gracioso.

MULL. Está bien; pero acordaos de que no estoy de humor de soportar vuestras injurias!

RAUL. Toma! toma!.. Y por qué no me lo habeis dicho antes, mi querido Muller? De ese modo nos hubiéramos ahorrado... Y yo que creia que erais insensible á mis bromas!

MULL. Es que la medida llega á su colmo.

RAUL. Entonces no hablemos mas.

MAR. Vamos, señores, olvidad eso.

RAUL. Por mi parte olvidado; una vez que este caballe...

ro se enfada... (No son malas burlas las que te preparo.)

ESCENA III.

Dichos y MATILDE, saliendo del palacio.

RAUL. Ah! Señorita Matilde! (*inclinándose.*)
 MAT. El caballero de Aremborg!
 RAUL. Que ha venido á Roma á veros á vos y á vuestro padre, y en particular al amigo Muller.
 MULL. (*colérico.*) Caballero!
 RAUL. Es cierto, dispensadme. Diabolo de costumbre!
 MAR. Mi querido Raul! Nosotros vamos á ver la galeria del marqués de Petramonte.
 MAT. (*conmovida.*) Me habiais prometido informaros de si era... cierta la noticia...
 MAR. Demasiado cierta es, hija mia!
 MAT. Ha muerto!
 RAUL. Muerto! Quién, Matilde?
 MAT. Alberto!
 RAUL. (*con emocion.*) Muerto! El! (*á Muller mirándolo fijamente.*) Quién lo mató?
 MAR. La miseria y la pena lo arrastraron al suicidio.
 RAUL. Oh! Es imposible!
 MAR. Leed la carta del director del hospicio de Viterbo, donde fueron recojidos, casi moribundos.
 MAT. Todo ha concluido! (*deshecha en lágrimas.*)
 RAUL. Entonces, necesito terminar cuanto antes el asunto que me ha traído á Roma, y partir despues.
 MAT. Vais á dejarme?... (*con dolor.*)
 RAUL. (*con emocion.*) Debo hacerlo. Hubiera querido volver á ver y consolar á Alberto; ya es tarde. Me he quedado con un billete de pasaje á bordo de un navio que se dá á la vela para el puerto de Ostia pasado mañana, y partiré.
 MAR. Matilde, acuérdate que me has prometido aceptar la mano de Muller, si...
 MAT. (*con resignacion.*) Cumpliré mi palabra, padre mio; no quiero tener mas voluntad que la vuestra; renunciaré de hoy mas á mi misma, para merecer... (*ap. mirando al cielo.*) Volverle á ver un dia allí, donde está sin duda.
 RAUL. Decidme, Martilly, para cuándo se ha fijado ése casamiento?
 MAR. Para mañana.
 RAUL. Hacedme el gusto de esperar un dia mas. Sabeis que soy vuestroamigo, y quisiera firmar el contrato, y como el asunto de que os he hablado no podrá estar concluido hasta dentro de dos dias...
 MAR. Con mucho gusto, amigo mio; (*consultando con la vista á Muller.*) y aun si para ese negocio os puedo servir en algo, podeis disponer de mi.
 RAUL. Si, cuento con vos.
 MAR. A pesar de vuestras querellas, podeis tambien disponer de mi yerno; no es cierto, Muller?
 MULL. Si, caballero, disponed de mi. (*con frialdad.*)
 RAUL. Ya lo haré asi. (*con intencion.*)
 MAR. Y ahora, vamos á visitar la galeria, pues la noche se acerca.
 MAT. Padre mio, id sin mi. Voy á la iglesia; necesito rezar.
 MAR. Como quieras, hija mia!
 RAUL. Y yo, Martilly, me instalo en vuestra casa; tengo algunas cartas que escribir, y la mia está muy lejos.
 MAR. Está bien... Hasta luego.
 MAT. y RAUL. Hasta luego! (*vá oscureciendo. Martilly y Muller se van; Raul entra en el palacio; Muller se queda mirando á Raul con desconfianza hasta que lo vé entrar.*)

ESCENA IV.

MATILDE, LUCIA; *esta sale vestida muy pobremente.*

LUC. No me engaño! Es ella... Señorita?
 MAT. (*subiendo á la izquierda.*) Una joven! Qué me quereis?
 LUC. Señorita Matilde?
 MAT. Sabeis mi nombre? (*bajando los escalones y admirándose.*)
 LUC. Hubo un tiempo en que tambien sabiais el mio!
 MAT. Cielos! Lucia! Es posible! Pobre niña! Sois vos! (*la abraza, Lucia llora.*)
 LUC. Oh, que buena sois!
 MAT. Decidme; vuestro padre... sabeis...
 LUC. Todo os lo diré. El mismo dia de vuestra marcha de Berlin, le despojaron de todos sus muebles y sus cuadros.
 MAT. Si, si.
 LUC. El aspecto de su desesperacion, su desnudez, el pensar que la herida de la mano derecha le privaria para siempre de un trabajo productivo, todo esto me partió el corazon, y cai en un desfallecimiento mortal, muy parecido á la muerte. Yo estaba inmóvil, helada; mi corazon no latia, y sin embargo, vivia en el fondo de mi conciencia, y oia todo lo que pasaba cerca de mi.
 MAT. Pobre Lucia! (*tomándola la mano.*)
 LUC. El médico me creyó muerta, y asi lo dijo á mi padre; pero en el momento de venir este á abrazarme, llegaron unos soldados con la orden de conducirlo hasta la frontera. Esta idea me agitó de tal modo, que quise levantarme de la cama, y arrojarme en los brazos de mi padre, cuando le oi decir que mas queria verme muerta y saber que estaba en el cielo, que viva y miserable en este mundo. Lo dejé partir, y resistí á la tentacion de acompañarlo. Si, señorita, tuve ese valor, porque no quise añadir mi miseria á su miseria.
 MAT. (*abatida.*) Y no le habeis encontrado despues?
 LUC. No le he perdido de vista un solo dia, escepto...
 MAT. Qué oigo! Vive aun? (*admirada.*)
 LUC. Marta no pudo séguirme á causa de su edad. Asi es que me fui sola, bajo este grosero vestido, que convenia á mi triste posicion, y mendigando en mi camino. Cantando poesias relijiosas, seguia á mi padre, sin que se apercibiese que yo estaba allí, á cien pasos de él.
 MAT. Oh! Noble niña! Proseguid...
 LUC. Asi, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, cantando para él, rogando para él, arrodillándome delante de las cruces de los caminos, deteniéndome algunas veces sin que lo supiera, en los parages donde se detenia, aprovechaba el momento en que se quedaba dormido, y depositaba á su lado todo lo que habia ganado por el dia. Asi he ido siendo testigo de la degradacion sucesiva, no de su alma, que siempre es pura y noble, sino de su pobre cuerpo.
 MAT. Cómo!
 LUC. Si, señorita; una profunda é inesplicable miseria ha hecho encanecer sus cabellos y ha arrugado su frente!
 MAT. Oh! qué importa, con tal que viva!
 LUC. Si supieseis todo lo que he sufrido!
 MAT. Pero por qué no me habeis escrito?
 LUC. Yo ignoraba donde estabais, y hasta ayer no os he visto en el momento en que pasabais por delante del palacio Farnesio. Os seguí de lejos para saber donde viviais, pero os perdi de vista y me dije: «La

señorita Matilde es tan piadosa, que al fin la encontraré en alguna Iglesia.

MAT. (*vivamente.*) Alberto está en Roma! Oh! llevadme...

LUC. Ignoro donde está. Hace un mes que he perdido su huella.

MAT. Cielos!

LUC. Si, hace un mes que cerca de Viterbo...

MAT. Viterbo!

LUC. Era de noche; me habia sentado sobre un banco de piedra, y veia de lejos á mi padre y á su hermano sentados tambien sobre un puente. Yo hacia mis cuentas, dando gracias al cielo porque el dia habia sido bueno; mi bolsa estaba llena. Pensaba en el momento en que mi padre se durmiese para acercarme y dejárselo todo como de costumbre. De pronto veo que se levanta y á Pablo que corre á sujetarlo. Una sospecha horrible me asaltó; me figuré que mi padre iba á arrojar al rio, y cai sin conocimiento. Afortunadamente, dos hermanas de la Caridad, que pasaban por allí de vuelta á Roma, me recogieron en su carruaje, y al dia siguiente me desperté en el piadoso asilo donde esas buenas hermanas prodigan sus cuidados á los que sufren. Estuve allí un mes, muy próxima á morir; conté mis desgracias á la superiora, é hice voto de consagrarme á esa santa casa, si Dios me devolvía la salud y me hacia encontrar á mi padre.

MAT. Es demasiado tarde. Ahora lo comprendo todo! Cerca de Viterbo fué! (*llora.*)

LUC. Dios mio! Qué teneis, señorita Matilde?

MAT. No adivináis el dolor que me hace derramar esas lágrimas! Lucia, no busqueis á vuestro padre! Rogad por él!

LUC. Qué decis?

MAT. Alberto ya no existe.

LUC. Cielos!

MAT. Esta tarde he recibido la noticia.

LUC. (*con tranquilidad y fé.*) No, os digo que no; lo volveré á ver, lo encontraré! Debe estar en Roma. (*resueltamente.*) Está!

MAT. (*con estrañeza y admiracion.*) Quién os lo ha dicho?

LUC. (*con resolucion.*) Una voz secreta de mi corazon, á quien la vuestra no ha podido turbar ni un instante.

MAT. Pues bien, Lucia, vamos á rogar juntas para que esa voz no os engañe.

LUC. No, no me engaña; porque el que me habla por ella, me dice que vaya allí á darle gracias. (*entran en la iglesia; es de noche.*)

ESCENA V.

ALBERTO y PABLO, muy mal vestidos. Alberto lleva un saco á la espalda sujeto con dos correas cruzadas. Los dos llevan baston y las barbas muy largas.

PAB. Vamos, hermano, ten valor.

ALB. No puedo mas, estoy rendido.

PAB. Sentémonos en este banco. (*se sientan.*)

ALB. Estamos, en fin, en Italia, en Roma, la ciudad eterna.

PAB. Si, la ciudad de las artes que tanto deseabas visitar. Mañana veremos las obras maestras de los grandes pintores.

ALB. Las veré sin poder, como en otro tiempo, imitar esos modelos sublimes. Mi mano derecha ha quedado inmóvil é inanimada, desde que una herida...

PAB. Si, Dios te ha herido á la vez en el amor de padre y en tus esperanzas de artista.

ALB. No hay hombres que hayan sufrido tanto como nosotros.

PAB. Conocemos por ventura los sufrimientos de los demas? Cada uno tiene su parte en las miserias de este mundo; pero el hombre es tan vano, que cuando llega un momento en que todo le falta, su imperecedero orgullo le sugiere la necia pretension de creerse el mas desgraciado de los seres.

ALB. Es cierto; la corona del martirio es tan disputada como las otras!

PAB. Pero pensemos en ver si nos compran estos objetos sagrados, que dibujas con la mano que Dios te ha dejado buena, y que vendemos á las puertas de las iglesias.

ALB. (*enseñando su mano izquierda; Pablo saca algunas estampas.*) Afortunadamente el pueblo no es muy conecedor, y si las compra, es mas bien por el objeto que por la egecucion.

PAB. Vamos, no riñas á tu mano izquierda, que es la que nos dá el pan.

ALB. Es que parece, hermano mio, que Dios nos ha vuelto á abandonar. Antes, un ser invisible nos socorria con mucha frecuencia inesperadamente, y en mi supersticioso reconocimiento, me imaginaba que Lucia nos enviaba desde el cielo al angel de la limosna y de la Caridad. Hace un mes que ese angel no nos visita, y desde entonces está desprovista nuestra bolsa; tanto que hay dias en que como hoy está vacia. (*enseña una bolsa de cuero vacia.*)

PAB. Vacía!

ALB. No, he dicho mal; encierra un tesoro precioso; el retrato de mi hija. Santa y noble niña! Me parece verla siempre, allí, delante de mi, cada vez que mis pinceles procuraban reproducir sus angélicas facciones. (*besa el retrato.*)

ESCENA VI.

Dichos y gente del pueblo entrando en la Iglesia que estará iluminada.

PAB. La Oracion! Veamos si llega algun comprador. (*se coloca en las gradas con las estampas y Alberto tambien.*)

ALB. Con tal que saquemos para pagar la posada...

ESCENA VII.

Dichos y RAUL que se dirige á la Iglesia. Despues MULLER; ALBERTO y PABLO se sientan.

PAB. (*á Raul.*) Jesus consolando á los afligidos. (*Raul mete la mano en la faltriguera.*)

ALB. (*reconociéndole.*) Gran Dios! Raul!

RAUL. Alberto!

PAB. Es posible!

RAUL. Alberto vivo! (*Alberto retrocede vergonzoso.*) Mi noble amigo! Mi querido maestro! Pero por qué retrocedéis á mi aspecto?

ALB. Es que la miseria es tímida y delicada. (*reconviniéndole.*)

PAB. Dí que es orgullosa, hermano.

ALB. Es que no ocupamos el mismo lugar en el mundo, y que hay entre nosotros una distancia infinita!

RAUL. Distancia! Venid á mis brazos y salvadla. (*le abraza.*)

ALB. Ah! gracias, Raul, gracias!

RAUL. Y vos, Pablo? (*tendiéndole la mano.*)

PAB. Oh! En cuanto á mi, es muy diferente; podria comprometeros. (*con ironia y amargura.*) Un ladrón...

RAUL. (entre los dos y tomándole la mano.) Si, un ladrón, á quien estoy en visperas de rehabilitar.

PAB. Cómo! Podriais!...

ALB. Oh! Raul! Si hicieseis eso...

RAUL. Si, si, y no en valde la Providencia ha hecho que os encuentre en el mismo dia en que... pero me esplicaré mas tarde, porque el sitio en que nos hallamos no es muy á propósito para hablar. En mi casa os lo diré todo. Id esta noche á las nueve. Aquí teneis las señas. (saca una targeta y escribe.)

MULL. (saliendo ap.) He querido adelantarme á Martilly, porque la presencia de Raul al lado de Matilde me inquieta, y quiero...

RAUL. (dándole la targeta.) Tomad, mi querido Alberto.

MULL. Alberto! Alberto y Pablo con Raul! (se esconde detrás de la estatua.)

RAUL. (escribiendo en otro papel.) El tiempo urge; tengo mucho que hacer de aqui á las nueve. Vendré á ver á Matilde mas tarde.

ALB. Matilde! Está en Roma?

RAUL. (sigue escribiendo.) Si, si; ya os lo contaré todo. (arranca de la cartera el papel que ha escrito.)

PAB. Voy á ver si busco posada para esta noche.

ALB. Y con qué la vas á pagar?

RAUL. Os propondria que vinieseis á mi casa, pero no quiero que cierta persona os encuentre en ella. En cambio puedo ofreceros algunas monedas de oro, que un amigo dá á otro amigo.

ALB. No sé si...

PAB. Siempre el orgullo! Dadme, yo no dudo en aceptar la bolsa de aquel cuyo corazon conozco.

RAUL. Gracias, Pablo. (se dirige al palacio.)

PAB. Vuelvo al instante. Espérame aqui. (vase.)

RAUL. (á un criado que entra en seguida en la Iglesia.) Esta carta para la señorita Martilly en la Iglesia. Con que está dicho; os espero á la hora convenida; no olvideis las señas.

ALB. (leyendo.) No, no; junto al Tiber, casa de la Madona, al lado de... (Muller escucha.)

RAUL. Dejaré abierta la puerta del pasadizo.

ALB. No faltaremos.

RAUL. Ea, hasta luego y valor; espero ciertos papeles que tendré sumo gusto en enseñaros, porque prueban la inocencia de Pablo, y revelan al mismo tiempo el nombre del verdadero culpable. Hasta la noche.

MULL. Oh! Es preciso que yo sepa... (sigue á Raul.)

ESCENA VIII.

ALBERTO, tendido en las gradas.

Ah! no puedo mas! Hace tres dias que caminamos sin detenernos; mis miembros están entumidos, y siento que mis ojos se cierran á mi pesar. (se queda dormido al sonido dulce y lejano del órgano de la Iglesia, que se oirá hasta el fin del cuadro. Oscuridad completa. La escena está iluminada por el resplandor que sale de la Iglesia.)

ESCENA IX.

MATILDE, LUCIA, ALBERTO dormido.

MAT. Venid, Lucia; sabeis lo que dice este billete que me acaban de dar? Que viven los dos hermanos, y que esperan ciertos papeles que declaran su inocencia.

LUC. (con exaltacion.) No os lo habia dicho? Gracias, Dios mio! Me habeis cumplido vuestra palabra! Cumpliré tambien la mia!

MAT. Qué quereis decir?

LUC. Que realizaré esta misma noche el voto que hice. Me encerraré para siempre en la piadosa casa donde debo consagrarme al alivio de los pobres.

MAT. Pero cuando vuestro padre sepa...

LUC. Es preciso que ignore siempre que existo.

MAT. Cómo! Quereis...

LUC. Si supiese que yo vivia, volverian á renacer todas sus inquietudes. Creeria que era superior á mis fuerzas el cumplimiento del voto que he hecho, y no quiero renovar en su corazon la dolorosa herida de mi muerte.

MAT. (enternecida y admirada.) Dulce y noble hija! Os admiro, porque sois el angel de la fé y de la esperanza. (señalando á Alberto.) Sed tambien el de la caridad; alli hay un desgraciado, tomad. (dándole una moneda.)

LUC. Si; porque la caridad es mas grata á los ojos de Dios, que la fé y que la esperanza.

MAT. Ahora, Lucia, dejadme que os estreche sobre mi corazon; y una vez que lo quereis... Adios.

LUC. Adios, señorita Matilde, adios! (se abrazan llorando. Matilde entra en el palacio.)

ESCENA X.

LUCIA, ALBERTO dormido, luego PABLO.

LUC. Mi padre vive! Oh! quisiera verlo una vez, una vez mas, Dios mio! Ya es de noche. Es preciso que me vaya; pero antes daré á este pobre... está durmiendo... (se acerca á Alberto, echa la moneda que le dió Matilde en el sombrero, y al mismo tiempo le reconoce.) Dios mio! Dios mio! Oireis siempre mis súplicas! (cae de rodillas.) Padre infeliz! Qué pálido está! Ah! No lo despertemos; pero antes de dejarlo para siempre, quiero depositar sobre su frente venerable... (le besa en la frente.)

ALB. (soñando.) Volver á verla! Volver á verla! Pero miserable no!... Quédate en el cielo, hija mia, bajo la guarda de Dios, y espérame.

LUC. Gente viene! No quiero despertarle! Ahora, padre mio, hasta que nos volvamos á ver allá arriba! (señala el cielo, se aleja mirándole y se detiene en el fondo.)

PAB. Alberto, Alberto, ven; la posada está lista y Raul nos espera. (Alberto se despierta.) Qué tienes, hermano, sufres?

ALB. No, Pablo, era dichoso!

PAB. Dichoso! Tú?...

ALB. Si, soñaba con mi hija!

LUC. (viéndolos alejarse.) Pobre padre! Dios de bondad, bendecidlos!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La escena representa una sala de la habitacion de Raul. A la izquierda un balcon que da al Tiber. Puertas á izquierda y derecha. Luz en la mesa de la izquierda, otra mesa á la derecha. Truenos y relámpagos. Se ven los relámpagos iluminar la ventana abierta del balcon.

ESCENA PRIMERA.

RAUL sentado á la izquierda, teniendo una cartera abierta.

Pablo y Alberto no tardarán en llegar, á no ser que la tempestad los haya detenido. El cielo está sombrío y el Tiber muge debajo de mis ventanas con espanto-

sa violencia. (*recorre una carta.*) Si es cierto lo que aquí me dicen, esos papeles que espero con tanta impaciencia, estarán aquí dentro de dos días. Una vez dueño de ellos... pero no me engaño... oigo ruido en la escalera; serán Alberto y su hermano. (*cierra la cartera. Los truenos y relámpagos cesan.*)

ESCENA II.

MULLER y RAUL.

MULL. (Una cartera! Sin duda estarán ahí esos funestos papeles.)

RAUL. (*guardando la cartera y subiendo.*) El caballero Muller!

MULL. Me me esperabais, eh? (*con tono risueño y provocativo.*)

RAUL. A qué debo... (*cambiando de tono.*) Qué venis á hacer aquí, señor Muller?

MULL. Vengo á veros, y á que hablemos un rato.

RAUL. De qué?

MULL. De nuestras continuas querellas. Vengo á proponeros la paz.

RAUL. Ya! porque no podeis hacerme la guerra; pero en fin, me alegro que hayais venido; con eso trataremos del importante negocio de que no debia hablaros hasta dentro de dos días.

MULL. Está bien. A decir verdad, caballero, no sé por qué me odiais.

RAUL. Porque no mereceis ser estimado, á pesar de vuestras pretensiones de parecer amable.

MULL. Sin embargo, nunca os he hecho daño alguno.

RAUL. A mi, personalmente, no; pero á otros, sí!

MULL. Hablad mas claro, caballero, qué teneis que decirme?

RAUL. A mi vez podria haceros yo la misma pregunta; porque al fin creo que no habreis venido solo por tener el gusto de verme.

MULL. (*con embarazo.*) No sé como... quisiera...

RAUL. Vamos, mejor será que yo empieze; iré derecho al asunto, y pronto concluiremos.

MULL. Os escucho. (*con atencion.*)

RAUL. Hace quince días que he salido de Florencia. (*Muller se agita, las piernas le tiemblan.*) Creo que estais incómodo; tomad una silla.

MULL. Proseguid, proseguid. (*haciendo un esfuerzo.*)

RAUL. Allí he visto á vuestra madre; una pobre anciana, digna del respecto de todos, y la cual, sea dicho entre nosotros, no supo el regalo que hizo al mundo cuando os dió á luz.

MULL. (Qué irá á decir!)

RAUL. Entre otras muchas cosas, he sabido que sois oriundo del Piamonte, y que no os llaman José Muller, sino Juan Bally.

MULL. (*ap. vacilante.*) Con tal que Alberto y Pablo no vengan!

RAUL. Pareceis agitado; tomaos el trabajo de sentaros.

MULL. (*con esfuerzo.*) Continudad, continuad, y apresuraos.

RAUL. Parece que la historia os interesa! Al salir de Florencia, he dejado expreso á un hombre encargado de buscarme vuestra biografia, la cual debo recibir completa de un momento á otro, con sus documentos justificativos.

MULL. Caballero, esos papeles los habeis recibido ya, y están en vuestra cartera.

RAUL. (Por qué no he de dejar que lo crea?) Y aun cuando asi fuera...

MULL. Pues bien, poned un precio á esos papeles, y cualquiera que este sea, os lo ofrezco en cambio.

RAUL. Esos papeles los he adquirido demasiado caros, y á fé mia no tengo intencion de venderlos.

MULL. Seriais bastante generoso para dármelos?

RAUL. Los tengo prometidos.

MULL. A quién?

RAUL. A la justicia.

MULL. (Y Alberto y Pablo que van á venir.) Señor de Aremberg, no quereis darme esos papeles?

RAUL. No.

MULL. No quereis vendérmelos?

RAUL. Tampoco.

MULL. Pues yo me apoderaré de ellos. (*sacando una pistola.*)

RAUL. Calmaos. (*sacando otra del bolsillo.*)

MULL. (Está armado!)

RAUL. Habeis querido sorprenderme, no es cierto? Oh! no me creais tan tonto, que me ponga asi á merced de cualquiera.

MULL. (Fatalidad!) (*fuera de si.*) Por qué me odiais tan encarnizadamente?

RAUL. Tomaos el trabajo de sentaros, y cojed un sillón, si no os parece bastante cómoda una silla.

MULL. Pero, caballero...

RAUL. Sentaos! (*imperativamente.*)

MULL. En fin, decidme qué debo hacer para... (*Muller se sienta á la derecha, Raul á la izquierda.*)

RAUL. En primer lugar, os diré que dejéis á un lado esa pistola.

MULL. Ya está (*poniéndola sobre la mesa.*)

RAUL. Perfectamente. (*hace lo mismo con la suya.*) Ahora, creedme, hablemos como dos buenos amigos; sin violencias, con toda tranquilidad. Sois un falsario y un ladron.

MULL. (Lo sabe todo!) (*levántase y coje la pistola.*)

RAUL. Dejadla en donde estaba! (*coge la suya y amartilla.*)

MULL. Caballero, no me perdais! (*se sientan.*) No abuseis de algunas imprudencias...

RAUL. Llamais imprudencias á crímenes que os han hecho estar tres años en las prisiones de Turin!

MULL. Oh! no, caballero!

RAUL. Y en esas prisiones, donde estabais por falsario, hubierais debido estar igual tiempo por ladron!

MULL. Oh! no sigais...

RAUL. Y sin embargo de haber sido vos el autor del robo, consentisteis en que otro fuera acusado, y aquel hombre inocente estaba en vuestra misma prision, y vos lo sabiais y no dijisteis nada!

MULL. Oh! si pudieseis juzgar mi arrepentimiento, caballero, seriais menos severo conmigo. Además, lo presente ha espiado lo pasado.

RAUL. Vuestro presente! En efecto, es muy honroso. Os ganais la confianza de un hombre de bien, de Martilly, lo engaonais y pedis la mano de Matilde, sin pensar en que el padre y la hija pueden morir de verguenza de vuestra deshonra, el dia en que vuestro pasado se descubriese.

MULL. Esperaba que no lo fuese nunca.

RAUL. Decid mas bien que temiendo se hiciera pública vuestra conducta tarde ó temprano, querais abrigar vuestra infamia tras la consideracion de un hombre honrado, y usar de su crédito para que todos callasen. Esta hubiera sido otra especulacion!

MULL. Yo creia que las pruebas de falsificacion habian sido destruidas.

RAUL. No lo han sido. Y el inocente que fue acusado y condenado por vuestro crimen, está en Roma con su hermano.

MULL. Ah! están en Roma! (*fingiendo ignorarlo.*)

RAUL. Si, la Providencia, á quien vosotros llamais casualidad, se sirve muchas veces de causas desconocidas para desenmascarar á los bribones.

MULL. Caballero! (*levantándose y sacando la pistola.*)

RAUL. Soltad esa arma. (*haciendo lo mismo.*)

MULL. En fin, qué quereis hacer de mi? (*sentándose temblando.*) De qué modo pretendéis que espie esas malditas calaveradas de mi juventud?

RAUL. Llamais á eso calaveradas? (*se sienta.*) Sea: no nos paremos en las formas. En consideracion á vuestra madre, no os he denunciado hoy mismo á la justicia; pero si la compasion lejitima que me inspira una pobre muger, me hace evitarle la vergüenza de tener un condenado en su familia, es un deber de mi conciencia, mas sagrado aun, proclamar mas tarde los crímenes de su hijo, y vengar á un inocente.

MULL. Explicaos, y decidme lo que exijis.

RAUL. En primer lugar, pedireis perdon á Pablo y Alberto, que van á venir ahora, de todo el mal que les habeis hecho.

MULL. (Oh! es preciso que lleguen tarde!) (*alto y vivamente.*) Y qué mas?

RAUL. Despues ireis esta misma noche á casa del señor de Martilly, y le direis delante de mi quién sois; despues... partireis para los Estados Unidos, ó para cualquier otro punto, y cuando esteis allá, fuera del alcance de la justicia entonces la entregaré los papeles.

MULL. Partiré, pero dentro de algunos dias; necesito ocuparme de mi pasage á bordo de un navio...

RAUL. Os cederé el que tengo para un capitan del puerto de Ostia, que es amigo mio, y que se dá á la vela pasado mañana.

MULL. Acepto.

RAUL. Aqui está, venid; (*pasando á la mesa izquierda y abriendo una carpeta.*) Pero dejad antes vuestra arma.

MULL. Quién me dice que no hareis uso de la vuestra?

RAUL. (*con desden.*) Yo? Pues bien, venid aqui por él. (*señala el fondo y suben los dos.*)

MULL. Está bien.

RAUL. Tomadle. (*dándole el papel.*)

MULL. (*sacando un puñal.*) No es eso lo que necesito, sino los papeles! (*le coje del cuello.*)

RAUL. Miserable! (*cerca de la ventana, retrocediendo.*)

MULL. Señor de Aremberg, si me he deshecho de la pistola, es porque guardaba este puñal.

RAUL. Socorro! Socorro!

MULL. Pronto! Esos papeles!

RAUL. No los tengo aun!

MULL. Los papeles! O te asesino!

RAUL. Pero si... (*Muller ha ido abanzando hasta el balcon donde se ha refugiado Raul y le hiere. Se oye la caída de un cuerpo en el agua.*) Ah! Socorro! Socorro... So...

MULL. Ahora nada tengo que temer. El rio destruirá esos papeles, como acaba de ahogar para siempre la voz de Raul. Ya me he salvado. (*llaman.*) Han llamado! Maldicion! (*vuelven á llamar; Muller vá de un lado á otro. Las puertas estarán abiertas.*) Y no hay salida! (*apaga la luz y va á abrir en la oscuridad. Alberto y Pablo entran, Muller se vá cerrando tras sí la puerta.*) Ah!

ESCENA III.

PABLO y ALBERTO.

ALB. Hemos llegado tarde.

PAB. No hay luz!

ALB. Desde aqui veo una en la habitacion inmediata.

(*entra Pablo.*) Crei haber oido... Además, alguien nos ha abierto, puesto que la puerta estaba cerrada, y Raul sin duda... (*dá un paso hácia el cuarto.*)

PAB. (*volviendo con una luz.*) En esa habitacion no hay nadie.

ALB. Raul! (*llamando.*)

PAB. (*á la izquierda.*) Raul! Tampoco! Es singular! Aqui hay una pistola! (*coje la de la mesa izquierda.*)

ALB. Y aqui hay otra! (*toma la de la derecha.*)

PAB. Cielos! Qué veo! Sangre en este balcon! (*yendo hácia el balcon, y mirando en el suelo.*)

ALB. Dios mio! si fuese... Pablo, vé corriendo á llamar.....

PAB. Cerrada! (*á la puerta del fondo.*) Han cerrado esta puerta cuando entramos!

ALB. Qué espantoso misterio! (*llaman á la puerta.*)

PAB. Están llamando!

UNA VOZ. (*dentro.*) Abrid! abrid! (*óyese el ruido de los fusiles con que llaman á la puerta.*)

ALB. Están llamando!

UNA VOZ. Abrid, abrid en nombre de la ley! (*la puerta cede á los golpes.*)

ESCENA IX.

Dichos, un OFICIAL y soldados.

OFI. (*los soldados se apoderan de ellos.*) Prended á esos hombres!

ALB. Caballero, escuchadnos!

OFI. La persona que acaba de avisarnos que habia oido aqui gritos de agonía, no se ha engañado. Se acaba de cometer un asesinato. Un cadáver ha sido arrojado á las aguas del Tiber, y vosotros sois los asesinos.

PAB. Nosotros?

OFI. Atadlos bien. (*á los soldados que lo hacen.*)

ALB. Oh! hay horribles implacables destinos!

PAB. Caballero, temed que un error fatal...

OFI. Un bolsillo con oro! (*registrando á Pablo.*)

PAB. Ese oro nos lo han dado.

OFI. Bien; despues dareis cuenta á la justicia de esas armas halladas aqui, y de ese oro. Llevadlos.

ALB. Oh! maldicion sobre nosotros!

PAB. (*con solemnidad.*) No blasfemes, hermano; inclina tu cabeza, sométete y espera.

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

El teatro representa el cuarto de una enfermería, en una prision. Puerta á la izquierda que comunica á la calle. Puerta al fondo que comunica á la habitacion de los guardianes. Ventana al fondo, que dá á una plaza; puerta á la derecha que conduce al cuarto de Pablo y de Alberto. Algunas insignias religiosas. Mesa y silla á la derecha; otra silla á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

PABLO sale por la puerta derecha, y cerrándola con precaucion.

Está durmiendo! Pobre hermano mio! El desaliento se ha apoderado de él, y no responde á mis palabras de esperanza, ni aun para combatir las... Ah! solo la presencia de Matilde hubiera podido reanimar su valor... y no vuelve... Sin embargo, es imposible que falte á su promesa, que nos abandone! Gracias á ella hemos obtenido un plazo de tres dias, á la sentencia de muerte pronunciada contra nosotros. Pero esos

tres dias han pasado, y ella no viene... Si duda algun motivo poderoso... Pero no me engaño! Alguien sube.

ESCENA II.

MARTILLI, PABLO y MATILDE.

PAB. Ah! sois vos, señorita Matilde! Si supieseis con qué impaciencia os esperaba! Oh! gracias, gracias por vuestra generosidad.

MART. (con efusion.) Pablo, si, hace un año negué la mano de mi hija á vuestro hermano, hoy que le acusan de un asesinato de que no es culpable, debo venir á consolarlo y á procurar por cuantos medios estén á mi alcance, librarle del suplicio que le espera.

MAT. Si no hemos venido antes, ha sido porque esperamos muy pronto poner en manos de la justicia el verdadero culpable.

PAB. Cómo?

MAT. Cuando encontrasteis, hace un mes, á Raul junto á la iglesia de San Carlos, ¿no me habeis dicho que debia enseñaros unos papeles que hacian ver vuestra inocencia, y revelaban el nombre del autor del robo porque fuistes condenado?

PAB. Si; y para eso fuimos aquella noche fatal, Alberto y yo, á casa de Raul... Pero ay! su cadáver estaba ya en el rio!

MART. No os dijo Raul que aun no habia recibido aquellos documentos?

PAB. Si; pero no debia tardar en recibirlos de un dia á otro.

MART. Pues bien, esos papeles que deben revelar el nombre del ladron, revelarán tambien el del asesino, porque ningun otro que él hubiese tenido interés en deshacerse del infortunado Raul.

MAT. Y para que esos papeles no puedan ser robados secretamente, si llegan á casa de Raul, mi padre ha puesto en ella á un hombre seguro y de toda su confianza.

MART. Ademas, como Raul hubiera podido muy bien encargar que se los dirijiesen bajo otro nombre, he hecho saber, hace tres dias, á todos los barrios de Roma, por medio de una circular, que si algun individuo recibiese un paquete que no fuese dirijido á él, me lo entregue, y que ademas de responder yo á la justicia, daria mil escudos de oro.

MAT. Asi es como mi padre ha podido obtener ese plazo de tres dias.

MART. (tristemente.) Si; pero el plazo espiró ayer, y á pesar de mis instancias para que se prolongue... temo mucho... que si esos papeles llegan...

PAB. Sea ya tarde, no es verdad?... Estamos prontos á morir.

MAT. Ahora, llevadnos al lado de vuestro hermano; lo animaremos, aunque sea á costa de una seguridad que no existe.

PAB. Si, si, venid. Si una justicia extraviada descarga hoy todo el peso de su rigor sobre nosotros, no importa. Los hombres os motejarán de haber protegido á dos infames, pero Dios os bendecirá por no haber abandonado á dos nobles mártires. (vanse todos.)

ESCENA III.

MULLER (deslizándose como una serpiente por la puerta izquierda, y sonriendo irónicamente.)

Si, id, amigos míos, id á consolar á los mártires, haciéndoles esperar unas pruebas que no existen, balladas en los vestidos de Raul, á quien el Tiber arrojó moribundo á la orilla. Esos papeles estaban

descompuestos por el agua, y no formaban mas que una masa húmeda y confusa. Si, yo los ví en las manos de ese transteveriano, de esa especie de bandido que recojió á Raul en su cabaña, y á quien por una dichosa casualidad encontré á las puertas de Roma... en el momento de llevarlos al tribunal... Le pregunté qué queria en cambio de sus revelaciones; me pidió una limosna, le dí un puñado de oro, y volvió á depositar en el Tiber al moribundo que el Tiber habia arrojado. Oh! ahora estoy tranquilo! La ejecucion debe tener lugar hoy mismo; acabo de ver los preparativos. Vamos, vamos, Juan Bally, ten valor; no dejes estos lugares hasta que todo esté terminado. Alguien viene. (vase izquierda.)

ESCENA IV.

MATILDE, MARTILLY.

MART. Vamos, Matilde, hija mia, la hora se acerca, y es preciso que vayamos cuanto antes á ver al presidente.

MAT. Hubiera deseado esperar á la pobre Lucia.

MART. Cómo! Lucia va á venir?

MAT. Si, padre mio; no he podido resistir á sus ruegos; se ha empeñado, sin darse á conocer, y bajo el traje de una hermana de la Caridad, en cuidar á su padre y á Pablo. Pero ya tarda, y temo...

ESCENA V.

Dichos, LUCIA, vestida como hermana de la Caridad con un manto grande.

MAT. Ah! sois vos, Lucia? Qué fuerza de voluntad, que resolucion despues de lo que habeis hecho hace un mes!...

LUC. Sin la ayuda de Dios hubiera sucumbido; pero he rogado tanto...

MAT. Apenas podeis sosteneros!

LUC. Si, tengo los pies hinchados y doloridos... pero qué importan los dolores del cuerpo?... Dónde están?

MAT. Allí. (señalando la puerta derecha.)

LUC. Supongo que nada les habeis dicho.

MAT. No, segun me lo encargasteis. Habeis pensado que necesitaban toda su firmeza, y temiais que la revelacion de vuestra existencia les fuese fatal.

LUC. Está bien; no me reconocerán bajo este traje; ademas, no estoy cambiada?

MAT. Oh! si, si.

LUC. (sonriendo tristemente.) No me quejo, al contrario, eso es una dicha en estas circunstancias. Todo lo que Dios hace está bien hecho.

MAT. Os voy á dejar. Tengo aun esperanza de salvarlos, y no quiero perderla.

LUC. Id, id, señorita; Dios os lo recompensará. (Matilde abraza á Lucia y se va con su padre.)

ESCENA VI.

LUCIA sola.

Pueda yo volverlos á ver sin morir de dolor; Dios mio! Dios mio! Continúad prestándome las fuerzas que me habeis dado, para soportar la muerte de Raul y las desgracias de mi padre.

ESCENA VII.

LUCIA, PABLO, ALBERTO que sale apoyado en Pablo.

ALB. Necesito respirar, hermano mio! Llévame á esa ventana.

PAB. (ap.) Esa ventana! (viendo á Lucia.) Ah! sois vos

la que la señorita Matilde nos manda para que vele por la noche á nuestro lado?

LUC. Si. *(con voz conmovida y apagada.)*

PAB. Ven, hermano, apóyate un instante en el brazo de esta buena hermana.

LUC. *(ap.)* No me abandoneis, Señor! *(coje el brazo de Alberto.)*

PAB. *(abre la ventana y la cierra espantado.)* Ah!

ALB. Como tiembla vuestra mano! *(á Lucia.)*

PAB. Estás muy débil, y temo que esta atmósfera húmeda... volvámonos adentro.

ALB. No, no; tengo el pecho muy oprimido... necesito respirar... necesito ver el cielo.

PAB. *(ap.)* Cómo le alejaré. *(á Lucia vivamente.)* Cerrad, cerrad esa ventana. Ven, Alberto, ven.

LUC. Cielos! El suplicio!... *(que ha ido á cerrar la ventana cae desmayada junto á ella.)*

ALB. El suplicio! Comprendo. *(á Pablo, estrechándole la mano.)*

PAB. Valor, hermano!

ALB. Lo tendré. *(con firmeza.)* Ves? Ya estoy tranquilo. Me verás marchar sin temor. *(viendo á Lucia desmayada.)* Pero esa pobre hermana... sin duda la vista de esos tristes preparativos... *(la sostiene, la sienta y la quita el velo.)* Gran Dios! Es una vision celeste? *(retrocede.)* Pablo, hermano, mira!

PAB. Lucia!

ALB. Oh! Es imposible! Es un ángel del cielo, que ha tomado las facciones de mi hija!... *(acercándose.)* Pero no... Es ella!.. Lucia!.. Dime, dime que eres tú!..

LUC. Si, padre mio, yo soy! *(precipitándose en sus brazos.)*

ALB. Hija mia! Lucia! *(tocándola como para cerciorarse.)* Hija de mi corazón!

LUC. Si, yo que os engañé, que os hice creer en mi muerte, para aliviaros del peso de mi vida.

ALB. Oh! Dios mio! Morir ahora!

LUC. No, padre mio, no morireis! El cielo me lo ha prometido.

ALB. Qué dices?

LUC. Yo sabia que existe en el Tirol una capilla dedicada á la Virgen de los Desamparados, á quien los desgraciados nunca invocan en vano. Pues bien, padre mio, hace un mes, al saber que habiais sido preso, fuí andando todo el camino, con los pies desnudos, y volví lo mismo.

LOS DOS HERMANOS. Oh!

LUC. Rogué tanto, y con tal fervor por vosotros, que al salir de la capilla me pareció oír una voz dulce y misteriosa que me decia: «Tu voto será escuchado; por tu fé y por tu oracion, se salvarán aquellos á quienes amas.» Así, padre mio, tened valor; la Virgen de los Desamparados cumplirá su promesa.

ALB. Pero el suplicio está ahí, en esa plaza!... Y á su aspecto has retrocedido de espanto.

LUC. No he podido dominar la primera impresion, pero tengo confianza. La duda ofende á Dios, y no quiero dudar.

ALB. Pues bien, hija mia, *(hace seña á Pablo que la deje en su ilusion.)* No dudemos de la misericordia del Señor; y para fortificarnos, Pablo y yo necesitamos un sacerdote.

LUC. Voy á buscarle, padre mio.

ALB. El prior de los Agustinos ha venido ya á exortarnos á la resignacion. Voy á escribirte dos letras para él. *(se pone á escribir.)*

LUC. Si, si. *(bajo á Pablo.)* No es verdad que teneis confianza, que esperais, vos que me salvasteis un dia de la desesperacion?

PAB. Si; hija mia, esperemos y roguemos.

ALB. *(leyendo lo que ha escrito.)* «Padre mio, la hora fatal ha llegado; voy á morir; la pobre niña que os llevará esta carta, es mi hija. Rétenedla á vuestro lado para que no sea testigo del suplicio de su padre.» *(la cierra.)* Toma, hija mia, apresúrate.

LUC. Si, si, y contad con la proteccion de Dios.

ALB. Vé, hija mia, no pierdas un momento.

LUC. Hasta luego. *(abraza á los dos y se vá.)*

ALB. Hasta luego.

ESCENA VIII.

PABLO y ALBERTO.

ALB. *(estallando.)* Oh! hay dolores que triunfan de las resoluciones mas firmes!

PAB. Qué dices? *(abismado.)*

ALB. Digo, que hubiera desafiado el suplicio, que hubiera subido á él con valor, cuando creía que mi hija me esperaba allá arriba; pero ahora... me dá miedo!.. No quiero legar la deshonra y la ignominia á mi hija... Quiero morir, Pablo, pero no en esa plaza, sino aqui. *(saca un pomito.)*

PAB. Alberto!

ALB. *(desesperado.)* Lucia! Lucia! No serás ante los hombres la hija de un condenado!

PAB. *(con solemnidad y firmeza, deteniéndole el brazo.)* Y quieres hacerla ante Dios la hija de un cobarde? Escúchame, Alberto, y cuando hayas oído mis palabras, podrás hacer de ese veneno el uso que quieras. *(soltándole el brazo.)*

ALB. Apresúrate, porque esa puerta *(señalando la del fondo.)* va á abrirse, y los que han de venir por nosotros no tardarán. No quiero que me encuentren vivo.

PAB. *(con vigor y conviccion.)* Alberto, ¿piensas que el suicidio te ha de ocultar á las miradas de Dios? Eres tan presuntuoso, que puedas creer por un momento que vas á abrirte por ese camino las puertas del cielo? Alberto, piensa un instante que Dios es menos temible en la vida, que mas allá de la tumba! Porque la vida, en medio de su espesa atmósfera, apenas nos permite entreverle; pero en el momento de morir, se le encuentra frente á frente, y el cobarde que ha querido evitar su cólera, debe temblar mas que otro alguno! Desgraciado mil veces del suicida!

ALB. Y yo te digo: desgracia y vergüenza sobre mi hija, si su padre sube al suplicio!

PAB. Hermano mio! El alma casta y pura de Lucia subirá un dia al cielo en alas de la resignacion y de la paciencia. ¿Crees que la desesperacion llevará el mismo camino? Ah! sin duda no quieres que Dios te conceda un dia la dicha de volver á ver á tu hija para no separarte de ella jamás. *(señalando al cielo.)*

ALB. No separarme? *(conmovido.)*

PAB. Esa seria una suprema dicha, no es cierto?

ALB. Ah! si! *(con expansion y llorando.)*

PAB. Esa dicha debe ser el precio de un valor heroico.

ALB. Volver á verla! No separarme de ella nunca!

PAB. Si; pero es preciso que te resignes, que arrojes ese puñal lejos de ti; es preciso, en fin, que mueras en el suplicio.

ALB. Bien, moriré; apuremos aun este cáliz de amargura. Perdonadme, Señor, por haberme revelado. *(dá el pomo á Pablo que lo arroja. La puerta del fondo se abre; aparecen un oficial y guardias.)*

ESCENA IX.

Dichos, el OFICIAL y guardias.

OFIC. Señores, vengo á cumplir con un penoso deber: la hora fatal ha llegado; abajo os espera un sacerdote.

PAB. Ven, hermano; hoy tendrán fin todos nuestros males. (*vanse.*)

ESCENA X.

MULLER entrando por la izquierda.

Al fin triunfo! Alberto y Pablo van á seguir á Raul... Ahora no existe nadie en el mundo que pueda echarme en cara mi pasado! Juan Bally, el porvenir es tuyo! De hoy mas podrás presentarte con la frente erguida, y encadenar á tu destino á la orgullosa Matilde. No me atrevo á atravesar esa plaza hasta que haya concluido todo. Voy á ver... (*se dirige á la ventana.*)

MAT. (*dentro.*) Pablo! Alberto!

ESCENA XI.

MATILDE, MULLER.

MULL. Qué veo! Matilde!

MAT. Salvados! Vengo á salvarlos! (*muy conmovida.*)

MULL. Qué? (*deteniéndola.*)

MAT. Si supieseis!... Unos papeles... (*en el colmo de la alegría.*) pero la emocion... la... (*cae en una silla.*)

Decidles que vengan á recibir esta noticia feliz.

MULL. Qué papeles son esos? Qué contienen?

MAT. No he podido leerlos; pero dicen que un infame llamado Juan Bally, es el verdadero culpable del robo. Ya comprendereis que el asesino de Raul no puede ser otro que él.... Pero id, Muller, apresuraos. (*señalando la derecha.*)

MULL. Si, si, decidme... pero esos papeles, dónde están? Se los llevaré.

MAT. (*levantándose.*) Oh! no! esos papeles que son mi bien, mi vida, la libertad del que amo, no deben estar en poder de nadie mas que de su salvador... quiero ver á Alberto y á Pablo.

MULL. No están ahí.

MAT. Pues dónde?

MULL. Caminan al suplicio.

MAT. Cielos!

MULL. Dadme su justificacion... yo mismo...

MAT. No; dejadme! (*quiere precipitarse hácia la puerta.*)

MULL. Llegaré antes que vos. (*deteniéndola.*)

MAT. (*principiando á sospechar.*) Dejadme os digo!

MULL. (*con voz terrible.*) Esos papeles! Los necesito ahora mismo! Los quiero!

MAT. Oh Dios mio!

MULL. Los necesito, os he dicho! (*avanza hácia ella que retrocede espantada.*)

MAT. Ah! (*dá un grito y cae en una silla.*)

MULL. Al fin tendré las pruebas fatales! (*agarrándola.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, RAUL; despues LUCIA, ALBERTO, PABLO, MARTILLI, el oficial y soldados.

RAUL. (*con los papeles en la mano.*) Todavía no, Juan Bally!

MULL. Raul! (*retrocediendo.*)

RAUL. Juan Bally, falsario, ladron y asesino! El Tiber y el bandido no te han cumplido su palabra; el uno ha respetado mi vida, y el otro ha despreciado tu oro!

MULL. Raul vivo! (*delirando.*)

RAUL. Si, vivo, y con las pruebas de tu crimen, para que tus dos víctimas triunfen y tu mueras. Apoderaos de ese hombre! (*se apoderan de Muller los soldados. Todos aparecen por el fondo.*)

MAT. Alberto! (*corriendo á él.*)

ALB. Matilde!

RAUL. Lucia!

LUC. Oh! vos que me habeis devuelto á mi padre, bendito seas!

PAB. Ya lo ves, hermano! Es preciso someterse á los juicios de Dios, por inescrutables que sean.

ALB. Oh! Si, bendita sea su misericordia divina!

FIN DEL DRAMA.

Gobierno de la provincia de Madrid. — Madrid 30 de julio de 1853. Examinada por el señor censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse. — El gobernador — Benavides.

MADRID, 1853.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA.

calle del Duque de Alba, n. 13.

- El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.
- El Robo de un hijo, t. 2.
- El Rey martir, o. 4.
- El Rey hembra, t. 2.
- El Rey de copas, t. 1.
- El Robo de Helena, c. en 1.
- El Secreto de una madre, d. en 3 y prólogo.
- El Seductor y el marido, t. 3.
- El Tarambana, t. 3.
- El Tio y el sobrino, o. 1.
- El Trapero de Madrid, o. 4.
- El Tio Pablo ó la educacion, c. en 2.
- El Vivo retrato t. 3.
- El Ultimo de la raza, c. en 1.
- El Ultimo amor, o. 3.
- El Usurero t. 1.
- El Zapatero de Lóndres, t. 3.
- El Tigre y el toro, o. 1.
- El Memorialista, t. 2.
- El Tejedor de Játiva, o. 3.
- El Perro de centinela, t. 1.
- El Porvenir de un hijo, t. 2.
- El Anillo del cardenal Richelieu, ó los dos mosqueteros, t. 5.
- El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.
- El Robo de un hijo, t. 2.
- El Rey martir, o. 4.
- El Rey hembra, t. 2.
- El Rey de copas, t. 1.
- El Robo de Helena, c. en 1.
- El Secreto de una madre, d. en 3 y prólogo.
- El Seductor y el marido, t. 3.
- El Tarambana, t. 3.
- El Tio y el sobrino, o. 1.
- El Trapero de Madrid, o. 4.
- El Tio Pablo ó la educacion, c. en 2.
- El Vivo retrato t. 3.
- El Ultimo de la raza, c. en 1.
- El Ultimo amor, o. 3.
- El Usurero t. 1.
- El Zapatero de Lóndres, t. 3.
- El Tigre y el toro, o. 1.
- El Memorialista, t. 2.
- El Tejedor de Játiva, o. 3.
- El Perro de centinela, t. 1.
- El Porvenir de un hijo, t. 2.
- El Anillo del cardenal Richelieu, ó los dos mosqueteros, t. 5.
- La Joven y el zapatero, o. 1.
- La Juventud del emperador Carlos V t. 2.
- Leonardo el peluquero, t. 3.
- Laura de Monroy, ó los dos Maestres, o. 3.
- Luchar contra el destino, t. 3.
- Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.
- La Ley del embudo, o. 1.
- La Muger eléctrica, t. 1.
- La Modista alferez, t. 2.
- Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.
- La Mano derecha y la mano izquierda, t. 4.
- Los Misterios de París, primera parte t. 6 cuadros.
- Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
- Los Mosqueteros, t. 6. cuadros.
- La Marquesa de Savannes, t. 3.
- La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5
- La Opera y el sermón, c. en 2.
- La Pomada prodigiosa. l. 1.
- La Penitencia en el pecado, c. en 3.
- La Posada de la Madona, d. en 4 y prólogo.
- Lo primero es lo primero, t. 3.
- La Pupila y la péndola, t. 1.
- La Protegida sin saberlo, t. 2.
- Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.
- Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.
- La Posada de Currillo, o. 1.
- La Perla sevillana, o. 1.
- La Primera escapatoria, t. 2.
- La Prueba de amor fraternal, t. 2.
- La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.
- Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.
- La Reina Sibila, o. 3.
- La Reina Margarita, o. en 6 actos.
- La Rueda del coquetismo, o. 3.
- Los Soldados del rey de Roma, t. 2.
- Los Templarios, ó la encomienda de Aviñon, t. 3.
- La Taza rota, t. 1.
- La Tercera dama duende, c. en 3.
- La Toca azul, c. en 1.
- La Vida por partida doble, t. 1.
- La Viuda de 15 años, o. 1.
- La Victima de un vision, t. 1.
- La Roca encantada, o. 4.
- La Batalla de Bailen, zarzuela o. 2.
- Los Reyes magros, o. 1.
- La Mano de Dios, o. 3.
- La Moza de meson, o. 3.
- Los Pecados capitales, magia, o. 4.
- Los Hijos de Pedro el grande, t. 5.
- La Guerra de las mugeres, t. cuad.
- Los Hijos del tio Tronera, o. 1.
- Jorge el armador, t. 4.
- Juí que jembra, o. 1.
- José Maria, ó vida nueva, o. 1.
- Juan de las Viñas, o. 2.
- Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
- Jacobo el aventurero, o. 4.
- Julian el carpintero, t. 3.
- Juana Grey, t. 5.
- La Abadia de Penmarck, t. 3.
- La Alqueria de Breñaña, t. 5.
- La Barbera del Escorial, t. 1.
- La Batalla de Clavijo, o. 1.
- La Boda y el testamento, t. 3.
- Los contrastes, t. 1.
- La Conciencia sobre todo, t. 3.
- La Cocinera casada, t. 1.
- Las Camaristas de la Reina, t. 1.
- La Corona de Ferrara, t. 5.
- Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5.
- La Cantinera, o. 1.
- La Cruz de la torre blanca, o. 3.
- La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.
- La Calderona, o. 5.
- La Condesa de Senecey, t. 3.
- La Caza del Rey, t. 1.
- La Capilla de S. Magin, o. 4.
- La Cadena del crimen, t. 5.
- La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.
- Los celos, c. en 3.
- Las cartas del conde-duque, c. en 2.
- La Cuenta del zapatero, c. en 1.
- Los dos Fóscares, o. 5.
- La Dicha por un anillo y mágico rey de Lidia, o. 3. Magia.
- Los Dos ángeles guardianes, t. 1.
- Los Dos maridos, t. 1.
- La Dama en el guarda-ropa, o. 1.
- La Feria de Ronda, o. 1.
- La Felicidad en la locura, t. 2.
- La Favorita d. en 4.
- La Gaceta de los tribunales, c. en 1.
- La hija de Cromwell, d. en 1.
- La Hija del bandido, t. 1.
- La Hija de mi tio, t. 2.
- La Hermana del soldado, t. 5.
- La Hermana del carretero, t. 5.
- Las Huérfanas de Amberes, t. 5.
- La Hija del Regente, t. 5.
- Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.
- La Hija del prisionero, t. 5.
- La Herencia de un trono, t. 5.
- Las Intrigas de una corte, t. 5.
- La Ilusion ministerial, o. 3.
- Fausto de Underwal, t. 5.
- Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.
- Fernando el pescador ó Málaga y los franceses, o. 3 actos y diez cuadros.
- Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.
- Hasta los muertos conspiran, o. 3.
- Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.
- Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.
- Halifax, ó pícaro y honrado, c. en 3 y un prólogo.
- Hombre tiple y muger tenor, o. 4.
- Inventor, bravo y barbero, t. 1.
- Ilusiones, o. 1.

Mas vale tarde que nunca, t. 1.
Muerto civilmente, t. 1.
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
Mi vida por su dicha, t. 3.
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.
Martin y Bamboche, ó los amigos de la infancia, t. 9 cuadros.
Mateo el veterano, o. 2.
Marco Tempesta, d. en 3.

Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitán Mendoza, t. 2.
No ha de tocarse á la reina, t. 3.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el castillo de Villemeuxe, t. 5.
Nunca el crimen queda oculto á la Justicia de Dios, t. 6 cuadros.
Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.
No hay miel sin hiel, o. 3.
No mas comedias, o. 3.
No es oro cuanto reluce, o. 3.
No hay mal que por bien no venga, o. 1.

Ojo y nariz!! o. 1.

Percances de la vida, t. 1.
Perder y ganar un trono, t. 1.
Páris el gitano, t. 5.
Paraguas y sombrillas, o. 1.
Perder el tiempo, o. 1.
Perder fortuna y privanza, o. 3.
Pobreza no es vileza, o. 4.
Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, d. en 5.
Por no escribirle las señas, c. en 1.

Quién era? o. en 1.
Quién será su padre? c. en 2.

Reinar contra su gusto, t. 3.

Rabia de amor!! t. 1.
Roberto Hobart, ó el verdugo del Rey, o. 3 actos y prólogo.
Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5.
Ricardo el negociante, d. en 3.

Si acabarán los enredos? o. 2.
Sin muger y sin empleo, o. 1.
Santi boniti barati, t. 1.
Ser amada por sí misma, t. 1.

Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.
Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.
Trapisondas por bondad, c. en 1.

Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.

Valentina Valentona, o. 4.
Vengar ofensas de amor, o. 4.
Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Ntra. Sra. 5 actos y Prol.

Un buen marido! t. 1.
Un cuarto con dos camas, t. 1.
Un Juan Lanas, t. 1.
Una muchachada! t. 1.
Una cabeza de ministro, t. 1.
Una noche á la intemperie, t. 1.
Un bravo como hay muchos, t. 1.
Un diablillo con faldas, t. 1.
Un pariente millonario, t. 2.
Un avaro, t. 2.
Un casamiento con la mano izquierda t. 2.

Un padre para mi amigo, t. 2.
Una broma pesada, t. 2.
Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.
Un dia de libertad, t. 3.
Uno de tantos bribones, t. 3.
Una cura por homeopatía, t. 3.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.
Un error de ortografía, o. 1.
Una conspiración, o. 1.
Un casamiento por poderes, o. 1.
Una actriz improvisada, o. 1.
Un tío como otro cualquiera, o. 1.
Un motín contra Esquilache, o. 3.
Un corazón maternal, t. 3.
Una noche en Venecia, o. 4.
Un viaje á América, t. 3.
Un hijo en busca de padre, t. 2.
Una estocada, t. 2.
Un matrimonio al vapor, o. 1.

Un soldado de Napoleon, c. en 2.
Un casamiento provisional, c. en 1.
Una audiencia secreta, d. en 3.
Un quinto y un párbulo, c. en 1.
Un mal padre, d. en 3.
Un rival, c. en 1.
Un marido por el amor de Dios, c. en 1.
Un amante aborrecido, c. en 2.
Un andaluz en Madrid, o. 4.
Una intriga de modistas, t. 1.
Una mala noche pronto se pasa, t. 1.
Un imposible de amor, o. 3.
Una noche de enredos, o. 1.

Yo por vos y vos por otro! o. 3.